

# TerBi

Revista de la Asociación Vasca  
de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror

Nº 9  
Julio  
2014

**Especial Concurso de Relato Temático:  
“El fin del capitalismo:  
el nuevo modelo económico”**

**Con el relato ganador:  
El comienzo de algo grande  
de *Marco Aurelio Granado Martínez***

**Y los finalistas:**

Comiendo techo de *Unai Macías*

Futuro igualitario de *José Manuel González Rodríguez*

El fin del capitalismo. El comienzo del fin de *Guillermo Jiménez Canton*

**Crónica de la Jornada TerBi por *Joserra Vila***

# TerBi

Asociación Vasca de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror

## Especial IV Concurso TerBi de Relato Temático

# Sumario

—Noticias TerBi: Jornada TerBi 17-V-2014-----	pág. 1
—Fallo del IV PREMIO TerBi 2014 de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror"-----	pág. 4
—Relatos del Concurso TerBi	
- El comienzo de algo grande ----- <i>Marco Aurelio Granado Martínez</i> -----	pág. 5
- Comiendo techo ----- <i>Unai Macías</i> -----	pág. 15
- Futuro igualitario ----- <i>José Manuel González Rodríguez</i> -----	pág. 26
- El fin del capitalismo. El comienzo del fin - <i>Guillermo Jiménez Canton</i> -----	pág. 34
—Actividades e iniciativas de la TerBi -----	pág. 41

### Han elaborado este número

- *Ricardo Manzanaro*
- *Ekaterina Amez*
- *Joserra Vila*

### Colaboradores

- *Ángel Rodríguez*
- *Unai Macías*
- *Álex González*

### Portada

Ilustración de portada "Burning Money" creada por **3dom**  
(<https://www.flickr.com/photos/visualities/2061072441/>)  
Via photopin (<http://photopin.com>) Licencia CC by-NC 2.0  
(<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.0/>)

Los autores mantienen los derechos de sus obras.



safeCreative 

[Creative Commons Reconocimiento-  
NoComercial-SinObraDerivada 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/)

# NOTICIAS TerBi

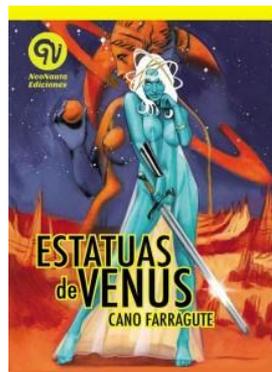
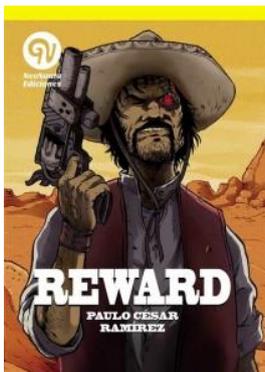
Por Joserra Vila

El pasado 17 de mayo tuvo lugar una nueva edición de las Jornadas de la TerBi, en esta ocasión centrada en diversas charlas y presentaciones de escritores y algunas novedades editoriales.

También se leyó el fallo del certamen de relato temático “**El fin del capitalismo: el nuevo modelo económico**”, acta que publicamos en éste número.

En el transcurso de ésta Jornada se otorgó el premio honorífico TerBi a Ricardo Manzanaro, presidente de la asociación, por su destacada y desinteresada labor en favor de la Ciencia-Ficción dentro y fuera de la Asociación Vasca de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror.

Como apertura al acto, Esteban García y Patxi Larrabe, creadores del novedoso proyecto literario en formato bolsilibro NeoNauta Ediciones, nos presentaron sus dos primeros títulos: **Reward**, del mexicano Pablo César Ramírez y **Estatuas de Venus**, del malagueño Cano Farragute.

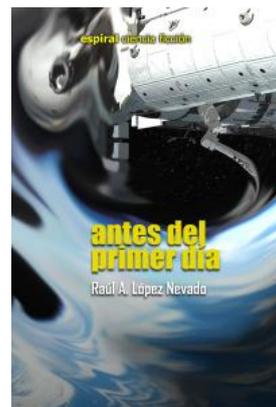


Esteban y Patxi explicaron que su objetivo es ofrecer un puente entre la literatura clásica más popular y pulp y los autores más actuales rescatando formatos retro como el bolsilibro, el folletín o los cromos, símbolos de una era en la que la imaginación aún no estaba a merced de los dispositivos electrónicos de lectura.



Como editorial, están abiertos a contactar con autores que disfruten creando aventuras de un estilo pulp o popular, sea cual sea el género; Ciencia-Ficción, Fantasía, Bélico, Western, Misterio, Espionaje, Steampunk, Terror...

Como viene siendo habitual en nuestras Jornadas, Juanjo Aroz hizo la presentación del nuevo título de la colección “Espiral Ciencia-Ficción” **Antes del primer día**, la primera novela de Raúl A. López Nevado. *Ángel se*



*dispone a ser el primer hombre en orbitar Júpiter. No es una misión suicida, pero implica pasar más de quince años fuera de la Tierra, en la soledad absoluta del espacio. Lo envían al satélite Europa, para que examine lo que las sondas artificiales ya*

*han comprobado hasta la saciedad: la existencia o inexistencia de vida bajo sus hielos sempiternos.*

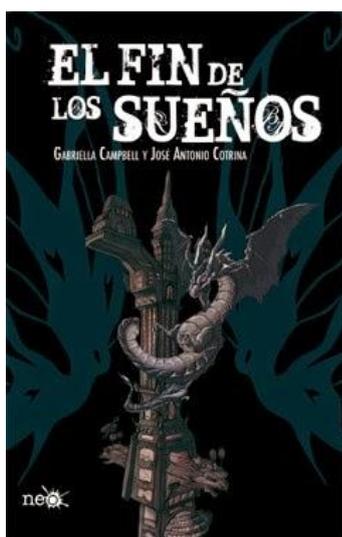
*En realidad todo es una maniobra de propaganda para su empresa; pero a él no le importa.*

*Él anhela la soledad del espacio, y la aventura*

de la conquista. No hay nada que lo ate a la Tierra, o al menos, así lo cree él. El autor tuvo la amabilidad de desplazarse de su Barcelona natal hasta Bilbao para hablarnos de su libro y firmar ejemplares.

En la Jornada de la TerBi también tuvo lugar la presentación de dos libros editados por Alfa Eridiani: **Nuevos Fragmentos del Futuro** de Fabián Álvarez López, una antología de relatos ambientados en tres diferentes épocas futuras, y **Reclutas de guerras invisibles** de María Concepción Regueiro Digón, una ucronía en la que la República consiguió ganar la Guerra Civil.

Debido a la imposibilidad de que los autores pudieran desplazarse a Bilbao, las presentaciones fueron a través de unos vídeos pregrabados, en los que los autores nos hablan sobre sus obras.



Como broche final a la Jornada TerBi, el escritor José Antonio Cotrina presentó el nuevo libro, escrito con Gabriella Campbell **El fin de los sueños**. Un inquietante libro en el que las pesadillas y la imaginación son la única vía para

sobrevivir. *Dormir ha pasado a la historia en Ciudad Resurrección. Gracias a un sofisticado proceso que se creó durante la guerra, ya nadie malgasta ocho horas diarias en el descanso. Pero el cerebro humano sigue necesitando soñar. Por eso, una red controlada por el Gobierno elabora sueños artificiales, según las necesidades del inconsciente de cada individuo, con el fin de poner a punto la mente en pocos minutos.*

*Una misteriosa joven aparece en los sueños de dos chicos muy diferentes: Ismael es el hijo de un artesano onírico clandestino de los suburbios; Anna es una privilegiada que*

*vive en las alturas de la ciudad, hija de una importante burócrata. La joven les suplica que la salven, que la liberen de la oscuridad. Anna e Ismael se sienten inmediatamente atraídos por ella, y pronto descubren que no han sido los únicos que han recibido esas enigmáticas visitas. Pero ¿existe esa chica en el mundo real?*

*Solo hay una manera de averiguarlo: adentrarse en el mundo onírico, donde no sirven las leyes de la lógica y la imaginación es la única vía para sobrevivir.*

El acto terminó, como no, en Jornada lúdico-gastronómica, con el poteo por el Casco Viejo y terminando con la llenada de panza en un conocido restaurante de la zona.

Como es habitual, se pueden ver los vídeos de la Jornada en los siguientes enlaces:



**NeoNauta Ediciones:**

<http://youtu.be/OB3SuOR33K0>



**Raúl A. López Nevado “Espiral Ciencia-Ficción”** <http://youtu.be/r4giKruVwTw>



**Novedades Alfa Eridiani**

<http://youtu.be/rg-oCtJzCp8>

**Entrega del IV Premio Honorífico TerBi a Ricardo Manzanaro y fallo del IV Premio de relato temático TerBi.**

<http://youtu.be/YavxLUSfbwk>



**José Antonio Cotrina** presenta el nuevo libro que ha escrito con Gabriella Campbell, *El fin de los sueños*

<http://youtu.be/LOCasxfAmsw>

**También se pueden visualizar el resto de las jornadas en el canal **TerBiCCFF** de YouTube ;hazte seguidor del canal!**





## Fallo del IV Premio TerBi

### de Relato Temático 2014

**“El fin del capitalismo: el nuevo modelo económico”**

**En** Bilbao, día 2 de Mayo del año 2011, delibera el JURADO encargado de otorgar el "IV PREMIO TerBi 2014 de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror" con el TEMA: **“El fin del capitalismo: el nuevo modelo económico”**.

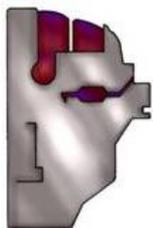
Tras amplia deliberación y análisis de los trabajos presentados, el Jurado, por unanimidad adopta el siguiente acuerdo:

Conceder el **IV PREMIO TerBi 2014**, dotado con un trofeo conmemorativo, obra de Ángel Rodríguez sobre un diseño de Ricardo Manzanaro, al trabajo presentado con el título **“El comienzo de algo grande”** recibido bajo el seudónimo de **“Veguista”**. Una vez abierta la plica, resulta ser su autor **Marco Aurelio Granado Martínez** (Burgos).

Así mismo, declarar como finalistas, y por tanto publicables, a **Comiendo techo** de *Unai Macías*, **Futuro igualitario** de *José Manuel González Rodríguez* y **El fin del capitalismo. El comienzo del fin** de Guillermo Jiménez Canton.

El jurado da las gracias a todos los participantes, y desde aquí invita a aquellos que lo deseen a presentarse a la próxima edición del Premio, cuyas bases se harán públicas después del verano.





**IV PREMIO TerBi 2014 de Ciencia-Ficción,  
Fantasía y Terror**



**El comienzo de algo grande**  
*Marco Aurelio Granado Martínez*

El doctor Ruam se paró frente a la puerta de su casa. Pasó una mano por el cráneo afeitado y se limpió con un pañuelo los restos de gel. Tras abrir nadie respondió a su saludo. Desde el salón le llegó el sonido de la tri-visión y sobre el dintel de la habitación de su hijo brillaba una luz roja. Colgó el sombrero y el abrigo y echó un vistazo al espejo del recibidor, por si acaso: estaba limpio. Su esposa no dijo nada cuando volvió rapado a casa seis meses atrás, tomándolo por una rareza de quién está a punto de llegar a los cincuenta, pero él seguía echando de menos su escaso pelo gris.

Desde el suelo del salón una pantalla cuadrada de un metro de lado proyectaba en el espacio la imagen tridimensional de un grupo de hombres que corrían sobre una pista de arena. En cada esquina había un sillón de cuero negro, y por encima de uno de los respaldos asomaba la coleta morena de su esposa, sujeta por una goma de hilo grueso de oro.

—¿Qué ponen? —preguntó Ruam como saludo.

—Un concurso nuevo.

En la cocina programó el Requiem de Fauré y se preparó al ritmo del coro una ensalada a base de lechuga, tomate y atún, todo ya cortado y aliñado. Cuando volvió al salón dos concursantes representaban una escena humorística. Ruam accionó un botón en el brazo del sillón y desaparecieron los espectadores y sus risas.

—¿Qué haces? —dijo su mujer.

Ella hizo que volviera la imagen y el sonido del público, pero la escena ya había acabado y los participantes volvían a sus lugares para recibir los comentarios y puntuaciones de los jueces. Sobre ellos apareció el logotipo del patrocinador —una “U” y una “H” unidas por un guión— y se escuchó el slogan del programa: “Unlimited Happiness le ofrece el empleo soñado. Para toda la vida”.

—Vaya, tus jefes —comentó.

—¿Vas a empezar otra vez?

De vuelta en su estudio, encendió su pantalla y abrió tres historias clínicas. Las ojeó durante un par de minutos y se quedó con la número veintitrés. Mujer, cuarenta, dos hijos tenidos hace once y ocho años y un aborto posterior. Sin signos de violencia o de consumo de drogas o alcohol. Trabajo y domicilio registrados hasta hace tres años. Los hijos habían sido asumidos por el estado. La operación estaba fijada para dentro de tres días.

Ruam pegó su ojo al escáner de acceso a las celdas del hospital. Había acabado su segundo turno consecutivo y llevaba un maletín de plástico negro imitación de cuero. No se había cruzado con nadie; a esas horas los trabajadores y acompañantes estaban en las plantas, no en el sótano. El guardia le sonrió solo con media boca.

—¿Otra vez aquí, doctor? ¿A quién quiere ver hoy?

—A la número veintitrés.

Las botas del guardia lamían el suelo de terrazo. Ruam se enderezó y fijó la vista en la espalda del hombre, más o menos en la unión de las escápulas.

—Es la tercera vez que viene esta semana —dijo el guardia sin volverse.

Al llegar a la celda acercó su rostro al escáner, se hizo a un lado y torció aún más su sonrisa.

—Los doctores no suelen dejarse caer por aquí, a no ser que tengan buenas razones.

—Eso no es asunto suyo.

La celda estaba recubierta de plástico blanquecino, atravesado en el suelo por agujeros que servían de desagüe. El mobiliario se limitaba a una taza de water, un lavabo, una pequeña mesilla y la camilla que ocupaba la prisionera, sujeta con correas y cubierta con una sábana hasta el cuello. Le habían rapado la cabeza. De un soporte colgaba una botella de suero, y en el pie de la cama se veía una bolsa de evacuación. El médico dejó el sombrero sobre la mujer y apoyó el maletín en la mesilla; después comprobó su respuesta pupilar y se giró hacia el guardia.

—Si necesito algo lo llamaré.

Tan pronto el guardia se apartó de la mirilla Ruam abrió el maletín y activó el lector cerebral. Colocó una docena de electrodos en los lóbulos frontal, temporal y parietal de la mujer, calibró la entrada de datos y ajustó su posición. A continuación se frotó las manos con gel conductor, se untó el cráneo con él y se colocó la malla transmisora, plagada de sensores y nódulos. Se sentó en el suelo apoyado en la pared y cerró los ojos, aunque sabía que una vez que el aparato se pusiera en marcha dejaría de percibir el exterior y solo le llegarían recuerdos de la mujer. Los primeros instantes siempre eran impactantes, hasta que se acostumbraba al modo de percibir y pensar de la persona. No podía elegir lo que recibiría. Era arriesgado: por eso revisaba previamente las historias clínicas. Sabía también que había un mercado negro de grabaciones, pero eso no le interesaba; él buscaba la vida real.

Es de noche cuando los niños y yo bajamos al cauce del río por unas escaleras de cemento. Aquí el viento apenas se nota. Naiara y Jon llevan a la espalda mantas atadas con cuerdas y yo voy cambiándome de mano una maleta cuyo peso me obliga a anadear y escorarme. A nuestra izquierda, la luz amarillenta de alguna farola permite distinguir graffitis emborronados por la lluvia y la suciedad, casi irreconocibles por los insultos y lemas escritos por encima con pintura o tiza roja y negra. Enfrente, donde el río se adentra encajonado en el subsuelo de la ciudad, unas fogatas tientan con calor y descanso.

—¿Dónde vamos, mamá? —dice Naiara.

—Allí delante —respondo—. Estaremos a cubierto.

El agua huele a amoníaco y podredumbre. Entramos en el cauce subterráneo, con la vista fija en los fuegos y las figuras que se distinguen a su alrededor. Mis hijos se acercan más a mí. Me paro.

—Vamos a pasar por delante de mucha gente. Mirad al suelo para no tropezaros, y no hagáis caso si os dicen algo ¿vale?

—¿Nos podremos acercar al fuego? —pregunta Jon.

—No lo sé, cariño. Tú anda a mi lado y no mires a nadie.

Cruzamos por delante de hombres tirados en el suelo sobre charcos de algo que podría ser vómito, parejas de viejos sin dientes que chupan trozos de pan duro sentados sobre cartones y grupos de harapientos que interrumpen su ritual de compartir una botella para levantar la vista a nuestro paso.

—Eh, mujer ¿dónde crees que vas con esos críos? —grita uno.

—Fuera de aquí —dice otro.

Jon se pone a mi izquierda para poder agarrarse a mi abrigo sin que le moleste la maleta. Un hombre se separa del grupo en el que estaba como para interrumpirnos el paso, pero le dejamos atrás. Naiara anda con la mirada perdida en la oscuridad del túnel. Algunos hombres y mujeres surgen de entre camas de cartón y nos siguen. Me cambio la maleta de mano y en el bolsillo derecho encuentro el cuchillo, envuelto en trapos para que no corte la tela. Jon se mueve para seguir cogido a mi abrigo. Las amenazas e insultos de los vagabundos son más graves. Hemos andado unos veinte metros por delante de los acampados cuando un hombre y una mujer de unos cincuenta años nos impiden seguir. Los dos llevan abrigos de pieles sucios y rotos. Todos los que se tienen de pie nos rodean.

—Date la vuelta y vuelve por donde has venido —dice la mujer.

—Por favor. Solo esta noche —le pido—. Mañana al amanecer nos iremos.

—Los maderos han podido seguiros. Tienen cámaras por toda la ciudad. Por ti no se molestarán, pero si han visto a los niños vendrán a por ellos.

—Iremos al fondo del túnel, más allá de vuestro campamento.

—¿Al fondo? No sabes lo que dices. No duraríais ni cinco minutos. Y de todas maneras tenéis que salir; la pasma podría venir.

Su compañero se inclina y susurra a su oído.

—Tú sí puedes quedarte, pero ellos no —me dice la mujer señalando a los niños—. Pueden dormir fuera, y si mañana siguen ahí, os vais juntos. No hay más que hablar.

Me doy la vuelta y desando el camino hecho, con los niños a mi lado. Salimos al exterior, a la luz de las farolas que ahora nos parece como la de un día nublado. Al cabo de unos pocos metros dejo la maleta en el suelo. Desde la oscuridad me gritan “más lejos”, así que caminamos un poco más. Saco un poco de pan y unas zanahorias de la maleta, la pego a la pared y nos envolvemos en las mantas para cenar. Los niños se duermen nada más que acaban. Ya ni siquiera me preguntan si mañana será mejor.

Una polea gira y escucho el ruido sordo de unas botas de goma contra el suelo. Antes de que pueda moverme tengo un policía con casco a cada lado, y otros dos bajan por el mismo sistema. Me golpean.

Ruam recobró la consciencia. Las imágenes, pensamientos y sensaciones le habían llegado a través del lector vívidas y cargadas de detalles. No eran los recuerdos fragmentados y distorsionados a los que estaba acostumbrado. Se quitó la malla de la cabeza y la sostuvo ante sí. Sonrió, consciente de la teatralidad del gesto, y volvió a colocársela sobre el cráneo.

La puerta se abre apenas pongo el pie en el rellano de la escalera. Mis hijos se me echan encima y casi me tiran, cargada como voy con las bolsas de la compra. Huelen a jabón del que usan los niños de su vecina; algo no va bien.

—Qué limpios estáis. Así da gusto —me endezco, con los niños agarrados a mis piernas—. Hola, Patri. No sé cómo agradecértelo.

—De eso quería hablarte. Lucía, sabes que te he ayudado en todo lo que he podido...

—No me digas eso, por favor, Patri.

—Lo siento. Hoy han gastado entre los dos casi tres euros de gas. Tendrás que buscar otro sitio para que se bañen.

Sigo subiendo escaleras y las bolsas pesan más ahora. Naiara coge de la mano a su hermano.

—Mamá, ¿nos tendremos que bañar con agua fría? —pregunta la niña.

—No te preocupes, Naiara, ya lo arreglaremos. Pero de momento no volveréis con Patri. Hay que darle un poco de tiempo, ¿vale?

—¿Para que nos eche de menos, como a la tía?

—Sí, cariño. Como a la tía.

Entramos en casa y los niños corren a los brazos de su padre, que los recibe riendo. Cuelgo el abrigo y voy directa a la cocina para preparar la comida. Dejo las bolsas encima de una mesa de camping roja y saco patatas, acelgas y zanahorias que lavo en el agua helada y pongo a cocer en una olla. Continúo con las tazas del desayuno, que esperan apenas enjuagadas en el fregadero. “Dos euros para la tarjeta del gas. Con una recarga de dos euros me bastaría para bañarles. No necesito más”, pienso. El hombre, mi esposo, se acerca.

—¿Qué tal en el hotel? —pregunta.

—Como siempre. Por lo menos podías haber fregado ¿no?

—Hoy papá nos ha puesto leche para desayunar —grita Jon desde el salón—. Estaba buenísima.

—¿Leche? —me giro hacia él y me seco las manos—. ¿De dónde la has sacado?

—No te preocupes por eso ahora.

Se me acerca con los brazos encogidos y las palmas hacia fuera, como si le encañonara y quisiera desarmarme. Me aparto; queda la pequeña mesa de plástico rojo separándonos.

—¿Sabes lo que me ha dicho la vecina? Que no vuelva a llevar a los niños. ¿Vas a calentar tú el agua para que se bañen? ¿Tú, que te pasas el día tirado sin hacer nada? ¿De dónde has sacado el dinero para comprar leche?

—Ya te he dicho que no te preocupes. Tengo el presentimiento de que todo va a mejorar —responde él.

—Has pagado el recibo del piso ¿verdad?

—Por favor, no grites. Los niños se van a asustar.

—¿Dónde está el recibo? Enséñamelo.

Ahora es mi marido quien escapa y gira en torno a la mesa roja. La olla silba a su espalda, pero él ni la mira, pendiente de mí. Naiara y Jon están quietos, de la mano, en el quicio de la puerta. Cojo aire, voy hacia la olla y la aparto de la placa. El padre ordena a los hijos que vayan a su habitación.

—Dame el dinero que te queda —le digo—. Quizás todavía haya remedio. Puedo pedir un adelanto, o hablar con alguien para que me deje doblar turno un día o dos.

—No tengo nada. Lo último lo gasté en la leche de hoy.

Aprieto los dientes y me siento. Noto su mano en mi espalda, a medio camino entre apoyar y retirarse.

—Todo se va a arreglar. Ya lo verás. Lo presiento.

Me sueno los mocos. El hombre ya ha puesto un metro de aire entre ambos cuando me levanto.

—Me voy a la cama. Deja la olla cinco minutos más al fuego para que se cueza la verdura. Comed sin mí.

La cama no está hecha, pero huele a ventilado. Bajo la persiana y me tumbo sobre las sábanas, sin quitarme la ropa. Lloro hasta que el frío me serena. Me echo la manta por encima.

El recuerdo se interrumpió de nuevo al dormirse la mujer. Ruam abrió los ojos, y el guardia que le espiaba desde la ventanilla se retiró al momento. Todo el mundo en el hospital sabía que habían eliminado las cámaras de las celdas: solo recogían abusos que nadie quería ver. El médico miró su reloj: tenía tiempo. Quizás, si probaba otra vez, aparecería un recuerdo agradable: jugar con sus hijos, hacer el amor, bailar...

Me despierta el timbre de la puerta y unos pasos: tacones no muy altos y zapatos de suela caros. Escucho una breve conversación y mi marido entra en el dormitorio.

—Despierta, cariño. Tenemos visita.

—¿Quién es?

—Creo que es importante. Levántate, por favor.

Voy al baño. Orino y me lavo las manos y la cara. El agua fría me despeja, y me paso un peine sobre el cabello revuelto. Mi vestido está arrugado. “Si vienen a este barrio, ya sabrán lo que pueden encontrarse”, pienso.

En el salón esperan un joven rubio, de apenas veinte años, y una mujer. Los dos se ponen en pie cuando entro. Mi marido hace las presentaciones y nos estrechamos las manos, pero apenas escucho sus nombres. El chico lleva un traje azul marino de botones magnéticos. Me lo imagino en una tienda de ropa cara, probándose el traje delante de su madre. La mujer tendrá unos cuarenta años, es morena, tiene el pelo estirado hacia atrás y recogido en una coleta por una goma que parece de oro. Viste un conjunto de falda y chaqueta gris oscuro. Va maquillada, aunque apenas se le nota. Se sientan en torno a la pequeña mesa de salón, sobre la que han dejado un maletín de cuero negro con una manzana mordida en su centro. Los lugares

están ya adjudicados: mi marido y yo en el sofá y las visitas en sillas, el joven enfrente y a un lado la mujer. El chico rubio abre el maletín y de los costados surgen bandas metálicas que se ajustan a los bordes de la mesa con un click.

—Son automáticas. Para evitar caídas accidentales —dice.

El maletín desplegado forma una pantalla luminosa que parece una superficie de líquido denso. Mi marido me coloca el brazo sobre los hombros. La mujer empieza a hablar. No la escucho; solo atiendo las imágenes tridimensionales que el chico hace aparecer sobre la mesa con pulsaciones sobre la pantalla: hombres y mujeres cabizbajos, niños pidiendo limosna, policías que golpean a manifestantes...

—...en América del Sur las epidemias diezman a la población —está diciendo el chico—. Hay disturbios en Norteamérica, Europa y Asia. Y el futuro parece peor aún.

—Desde luego, no es el mundo que yo quiero para mis hijos, y seguro que tampoco es el que ustedes desean para los suyos —interviene la mujer—. ¿Tienen dos, verdad?

—Sí, dos —responde mi marido—. De ocho y cinco años.

—Es la mejor edad —continúa la mujer—. Porque luego, al crecer, nos estropeamos. Desde que el hombre es hombre, ha sido infeliz. Las sociedades humanas se han basado en la opresión de los más débiles: el Egipto de los faraones, Roma, la Europa feudal... La mayoría de las sociedades y las culturas, en su inicio, buscaban el bienestar de la gente, pero siempre acabaron igual. La historia de la humanidad es la crónica de cómo el hombre hace sufrir a sus congéneres. Y la ciencia, muy recientemente, ha encontrado la explicación: estamos determinados por nuestros genes para sentirnos inseguros e insatisfechos, y eso nos lleva a competir, a envidiar, a luchar... A sufrir, en suma.

—Es nuestra maldición como especie —interviene el joven.

—¿Recuerdan la última vez que se sintieron felices? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces? —la mujer se detiene un instante, medido—. Mucho, ¿verdad? Seguro que demasiado. ¿Y qué era lo principal en ese momento? La ausencia de preocupaciones, de problemas. Pero después sus ilusiones se desvanecieron; descubrieron que la tranquilidad era una mentira, que por mucho que se esforzaran acabarían perdiendo lo poco que habían conseguido. Y la frustración les llevó a la desesperanza. Ahora sean sinceros, por favor: ¿qué no estarían dispuestos a hacer para garantizar su bienestar y el de sus hijos durante el resto de su vida?

Balanceo los hombros para liberarme del abrazo, pero mi esposo sigue absorto en las imágenes que ahora muestran familias que pasean sonrientes por un parque y descansan en pisos de paredes blancas, tan diferentes del cuchitril oscuro en el que vivimos. Aparecen hileras de máquinas en naves enormes y limpias, operadas por cientos de hombres y mujeres concentrados en su tarea y uniformados con monos azul claro con las letras "U-H" en la espalda. Gente que llena bandejas en mostradores surtidos de carne estofada, pescados en salsa y frutas, y se sientan a comer sin prisa en torno a mesas de bancos corridos.

—Todo lo que están viendo es real, y está a su alcance —afirma el joven—. Ustedes podrán ser una de estas familias.

—¿Aceptarían dejar atrás sus problemas para siempre? —continúa la mujer—. La oferta que les hacemos es simple: trabajo y seguridad para ustedes y sus hijos, durante el resto de su vida.

—¿Por qué nosotros? —digo—. No tenemos nada.

—Sé que es difícil de creer, que alguien te ofrezca tanto por nada, ¿verdad? —responde la mujer—. Bien, les voy a decir cuál es el truco: un contrato de trabajo.

—Que podrán cancelar cuando deseen —interrumpe el joven.

—Por supuesto. Aunque para serles sincera, hasta ahora apenas se ha dado el caso. En ese contrato de trabajo, Unlimited Happiness se compromete a garantizarles casa, alimentación, vestido, atención sanitaria, y todo lo que ustedes y a sus hijos puedan necesitar.

—Y lo mejor de todo: durante toda su vida —repite el joven.

—¿Unlimited Happiness? —pregunto—. He oído hablar de ustedes.

Noto un apretón en el hombro. Mi marido se remueve en su sitio, sin soltarme, y se echa un poco para atrás. Frunce el ceño como le he visto hacer cientos de veces.

—En el caso de firmar ese contrato ¿cuándo podríamos ocupar la casa que nos diesen? —pregunta.

—Cuando ustedes deseen —responde la mujer—. Lógicamente, se tardan unos pocos días en encontrar el puesto que se ajuste a sus características dentro de nuestra organización. Pero desde el primer momento se podrán alojar en una de nuestras Residencias de Acogida. Dispondrán de dos habitaciones dobles con baño incluido. En ellas se desarrollan además los programas de adaptación imprescindibles para que puedan integrarse en el mundo Unlimited Happiness.

—¿Programas de adaptación? ¿Qué es eso? —digo.

La mujer pulsa en un lugar de la pantalla y surge una gran mansión de dos pisos y paredes blancas rodeada de árboles. Una furgoneta se para frente a ella y baja una familia, los padres y tres niños vestidos de forma humilde, que son recibidos por trabajadores con monos azul claro y el logotipo “U-H”, que les cogen las maletas y les acompañan al interior, donde se encuentran con otras familias, todas ya vestidas con el mismo uniforme.

—Esa es una pregunta importante —elogia la mujer—. Como les acabamos de explicar, todos los seres humanos llevamos en nuestros genes la inseguridad y la ambición que nos impiden alcanzar la infelicidad. En nuestros programas de adaptación, además de enseñarles todo lo que necesitan saber sobre nuestra organización, dotamos a la persona de un regulador que actúa de forma selectiva sobre el hipocampo y la amígdala. No quiero aburrirlos con detalles técnicos. El resultado es la desaparición completa de nuestros impulsos egoístas, los que nos llevan al sufrimiento, y la inhibición de los recuerdos dolorosos. Tan solo requiere un pequeño seguimiento farmacológico que, por supuesto, forma parte de las prestaciones recogidas en el contrato.

Las imágenes de los comedores son sustituidas por escenas en una consulta médica. Una mujer madura con bata blanca tiende a un hombre en una camilla y le coloca electrodos por el cuerpo. Su mujer está al lado, ambos con monos con la U-H. Todos sonríen.

—¿Y quién cuidará de nuestros hijos, si nosotros tenemos que trabajar? —pregunta mi marido.

—Estarán perfectamente atendidos junto al resto de niños de las demás familias —explica la mujer—. Se sabe desde hace tiempo que los niños necesitan de un entorno enriquecedor y pedagógicamente estructurado para desarrollar todo su potencial. Nuestras Casas-Escuela están diseñadas siguiendo ese patrón. Pero por supuesto, ustedes podrán visitarlos siempre que deseen.

—Respetando, claro, las actividades programadas —añade el chico.

Vuelvo a fijarme en el cordón dorado que sujeta la coleta de la mujer, y de ahí paso a la pareja de visitantes. Desentonan con los muebles, con las paredes, con las ventanas sucias por las que parece escaparse la poca luz del piso. Miro a mi marido, que sonrío y observa las imágenes que se elevan del ordenador, niños y niñas jugando en un parque con columpios y balancines. Me veo desde fuera, junto a ese trío de extraños. Le pido a mi esposo que venga conmigo y me voy a la cocina.

—Sé quiénes son —le digo cuando llega—. Te hacen algo en la cabeza y te pasas todo el día trabajando, hasta que te mueres. A los hijos, cuando cumplen catorce años, les dividen en dos grupos: los listos siguen estudiando, los demás van a las fábricas. Llevan años haciéndolo en Asia.

—Yo no he oído nada de eso.

—Una compañera me dijo que a su hermano le ofrecieron un contrato y se fue con toda su familia. No han vuelto a saber de ellos. Y no son los únicos.

—A lo mejor no se llevaban bien con su hermano —replica mi marido, como si le estuviera llevando la contraria—. Si estuvieras a gusto en otro sitio ¿volverías aquí?

—Lo que creo es que si fuera tan bueno, la gente que está allí invitaría a otros a ir también.

—Tendrán plazas limitadas y querrán conocer a la gente para que no se les cuele cualquiera —me pone las manos en los hombros—. Lucía, esta puede ser la oportunidad que esperábamos.

—No me fío, ni de ellos ni de ti. Y no me toques. Aún no estamos tan mal. Podemos arreglarnos.

Vuelvo al salón, donde la pareja espera sonriente. Me quedo de pie ante ellos, los brazos cruzados y los pies firmes sobre el suelo de baldosas.

—Es mejor que se vayan. No estamos interesados en su oferta.

El chico mira a la mujer de la coleta, que mantiene la misma expresión. Mi marido pasa por detrás y se sienta en el sofá, cerca de la pareja, con la cabeza baja.

—Me temo que no es tan fácil —dice la mujer—. Su situación actual es complicada, y no sé hasta qué punto es consciente de ella.

—¿Qué sabe usted de nuestra situación? —le pregunto.

—En cumplimiento de la Ley Orgánica de Defensa de los Derechos del Consumidor nuestra empresa recibe información de las familias que van a ser desahuciadas, con el fin de poder ofrecerles nuestros servicios.

—Solo nos hemos retrasado en un pago. Hacen falta tres como mínimo —respondo.

—Llevan ya cuatro meses de retraso. Su desahucio está programado para mañana. Les han tenido que llegar varias notificaciones.

Me aguanta la mirada. Mi marido se retuerce las manos. En el aire continúan las imágenes de niños jugando con ropas limpias y brillantes, risas y carreras... Doy un manotazo al ordenador. El aparato apenas se mueve, sujeto a la mesa por las bandas metálicas. También eso lo esperaban. El joven se apresura a cerrarlo.

—Váyanse de aquí. Y llévense a ese hijoputa —señalo a mi esposo—. Nos has vendido, a mis hijos y a mí. Pero nos arreglaremos. Buscaremos otra casa.

—Creo que comete un error —insiste la mujer; es la única que no se ha movido—. La última reforma laboral exige que durante toda la vigencia de un contrato, los trabajadores dispongan de una dirección válida para notificaciones.

—¿Y qué?

—Al abandonar este domicilio dejará de contar con una dirección legal, y su contrato de trabajo se extinguirá automáticamente. Sus actuales jefes han sido informados, y ya deberían haberle ingresado el finiquito en su banco. Sin un contrato de trabajo, les será imposible alquilar otra vivienda...

Corro a la cocina y cojo el cuchillo con el que he cortado las verduras. Los tres esperan de pie en torno a la mesita. El chico sale disparado. Agito el cuchillo y les señalo la puerta con él: "Fuera, fuera". Mi marido y la mujer caminan hacia atrás sin quitar la vista de la hoja de metal. Él balbucea y ella recita las leyes de defensa de la infancia, por las que el Estado asume la custodia de los niños que carecen de hogar reconocido. No paran de hablar hasta que cierro la puerta y me siento contra ella.

A las cuatro de la mañana Ruam fue en pijama al despacho de su esposa. Encendió su ordenador y probó sus claves favoritas hasta que tuvo acceso a la red interna de Unlimited Happiness. Habían mandado a Jon a la otra punta del país, pero Ainara estaba en una residencia-colegio a poco más de doscientos kilómetros.

Cuando despertó su mujer él estaba de pie en el dormitorio, ante la ventana, y los ventanales de los pisos altos aún reflejaban la luna menguante.

—Disculpa. No quería molestarte —dijo Ruam.

—¿Llevas mucho tiempo ahí?

—No he dormido bien —el médico se sentó a los pies de la cama; jugueteaba con algo entre las manos—. Tú y yo nunca hablamos de nuestros trabajos. De hecho, no recuerdo haberte contado a qué me dedico en el hospital.

—Eres médico, cirujano. Haces transplantes.

—¿Y no quieres saber qué tipo de transplantes hago?

—De órganos, supongo.

—Hago un promedio de cuatro coma seis transplantes por turno: corazón, riñones, hígado, páncreas, pulmones, córneas, piel... A veces más de un órgano a la vez. Salvo vidas. Desde hace unos cinco años hago también otras operaciones. Es legal comprar órganos de personas vivas si el dinero se utiliza para pagar deudas con el estado. Deudas como las que contraen los condenados por cualquier delito. Si la familia no paga, el gobierno puede autorizar la venta. Siempre lo hace —Ruam se paró un momento—. Ya lo sabías ¿verdad?

—¿A dónde quieres llegar?

—¿Desde cuándo lo sabes?

—No sé. Desde el principio, supongo.

—Ya veo. He estado releyendo algunos de los artículos publicados por científicos de Unlimited Happiness. Muy interesantes. Uno me llamó la atención: La estimulación eléctrica del hipocampo y sus efectos sobre la memoria y la conducta. O cómo hacer que la gente olvide durante la noche lo ocurrido durante el día. Fantástico.

—¿Tenemos que hablar de eso ahora?

—Si acortas el ciclo, alguien podría hacer un turno de trabajo por la mañana, olvidarlo y hacer otro turno por la tarde. Así durante los trescientos sesenta y cinco días del año. ¿Ya habéis llegado a eso?

Su esposa se incorporó.

—No me gusta el tono que estás empleando.

—Eres experta en marketing: ¿qué es lo que vendes?

—No sigas por ahí.

—¿Qué crees que pasaría si contase lo que estáis haciendo?

—Nada. Esto es algo muy grande, y solo está empezando. Pero a mis jefes no les gustaría que mi marido hiciera el gilipollas. Deberías seguir con tus visitas a las celdas en vez de meterte donde no te llaman.

Su esposa se sujetó el pelo con ambas manos y buscó con la mirada la goma dorada que siempre usaba. Ruam respiró hondo y se la tiró. No brillaba tanto una vez vista con otros ojos.

A la hora de comer Ruam esperó a quedarse solo y llamó a su amigo Dior.

—¿Puedes dejarme uno de tus coches? Uno pequeño, solo por un par de días. Y tienes que hacerme otro favor: hacer una reserva en un hotel. El Love Affairs, te mando los datos. No, con mi nombre no, con el tuyo. Es uno de esos hoteles para parejas en los que te piden una tarjeta para hacer la reserva, y luego se paga en efectivo. Ya me entiendes... No, no te la puedo presentar, pero te aseguro que la chica merece la pena. Tráemelo sobre las cinco, aparcas a un par de calles del hospital y me llamas. Yo bajaré a coger las llaves. Gracias, Dior, te debo una.

Después fue a las celdas del sótano. Saludó al guardia del turno y pidió que le abriera la celda de la número veintitrés. Llevaba la historia clínica en la mano. Mañana debería extirparla el pulmón derecho, el riñón izquierdo y medio hígado. Estaría sedada un par de días más para que se le cerrasen los puntos y la soltarían. Lucía seguía inconsciente y atada. El médico examinó sus constantes y después retiró la dosis de sedantes que le llegaba a través del suero. Hasta la mañana siguiente no estaría despejada, pero esperaba que por la noche pudiera andar unos pasos con ayuda. Todo su plan dependía de eso. De eso y de que no gritara al despertarse.

Una vez en su despacho dejó un recado en el contestador de su casa diciendo que no iría a dormir esa noche; iba a tener mucho trabajo y se quedaría en casa de un compañero del

hospital. Sabía que era poco creíble, pero al fin y al cabo solo necesitaba un día. Compró ropa de mujer y de niña por la red y pagó un suplemento para que se la dejaran en la recepción del hospital esa misma tarde. Llevaba en la cartera todo el dinero que pudo conseguir. Para lo demás, deberían improvisar.

Cuando acabó el turno de tarde dejó su abrigo y la mayor parte de lo que había comprado dentro del coche de su amigo, menos algo de ropa que metió en su maletín. Se puso una bata y fue directo a las celdas. Estaba el mismo guardia de la noche anterior; contaba con eso. La misma sonrisa de medio lado y la misma lentitud al moverse.

—Hola, doctor. ¿A quién le toca hoy?

—La número veintitrés.

El guardia se puso en marcha y siguió hablando sin volverse.

—Alguien podría extrañarse de tanta visita a las condenadas fuera de horario. ¿No cree, doctor?

Ruam calló. Al llegar a la puerta, el guardia se quedó frente a ella, sin abrirla.

—No estoy seguro de hacer bien dejándole pasar sin consultarlo antes con mis superiores...

El médico le metió un billete de cien euros en el bolsillo de la chaqueta.

—Ahora abra.

—No es usted muy generoso —dijo el guardia, acercando su cara al escáner—. Pero la generosidad es una virtud que se puede desarrollar, ¿verdad, doctor?

Ruam esperó a que el guardia se alejara y cerró la puerta. Lucía tenía los ojos cerrados. Comprobó el gotero y vio que estaba como él lo había dejado. Subió el párpado derecho de la mujer y esta le enfocó con su ojo. Ruam empezó a desatarla.

—Por favor, no grite. Voy a ayudarla a escapar, pero necesito que confíe en mí. ¿Puede levantarse?

Ella asintió y se enderezó, balanceándose. El médico le dio el vestido azul marino y los zapatos planos que había traído.

—Póngase esta ropa. Yo vigilaré.

Se dio la vuelta y se asomó a la ventanilla de la puerta. Era difícil ver nada, pero el guardia parecía haber vuelto a su sitio.

—Ya está —dijo la mujer.

—Tumbese de nuevo en la camilla y cierre los ojos. Yo la sacaré; soy médico aquí. Tengo un coche preparado fuera. Iremos a buscar a su hija.

Lucía le hizo caso sin discutir. Ruam pensó que sería mejor no darle la espalda hasta que le hubiera podido demostrar que realmente estaba de su parte. La tapó con la sábana hasta la barbilla para ocultar el vestido y llamó al vigilante.

—He de llevarme inmediatamente a esta condenada—dijo—. Está a punto de sufrir un paro cardíaco.

Sacó la camilla de la celda y enfiló la salida. El guardia corrió hasta adelantarle.

—Eh, pare. Nadie puede salir de aquí sin una orden de salida.

—Si no me deja pasar esta mujer se morirá, estúpido —dijo Ruam—. Su hígado tiene que transplantarse mañana a la esposa de un diputado. Habrá una investigación, y se descubrirá lo que usted hace por las noches con los condenados. Perderá su empleo. Quítese de en medio y abra la puerta. Tengo que llevarla a Urgencias para reanimarla. Si todo va bien, la traeré luego.

El guardia fue hasta la puerta. Murmuraba por lo bajo, pero la abrió. Una vez dentro del ascensor tiró la bata y ayudó a Lucía a ponerse en pie.

—Iremos a Urgencias y saldremos andando por allí. Agárrese a mi brazo.

—Gracias —le dijo ella.

Cuatro policías les esperaban cuando se abrieron las puertas.

—¿Tiene algo que decir antes de que se pronuncie el veredicto?

Atado de pies y manos con correas a lo que parecía una silla eléctrica antigua, Ruam buscaba el origen de la voz o al menos alguna de las cámaras que le enfocaban. La sala en la que estaba era solo un poco más grande que las celdas del hospital, y parecía hecha del mismo material blanquecino. Solo había visto a los guardias que le llevaban y le traían de un lado a otro. Le hubiera gustado mirar a la cara a alguien importante, alguien de los que tomaban las decisiones. Con eso se hubiera conformado.

—Su vida sí merecía vivirse —dijo a la pared de plástico.

El secretario judicial inició la fórmula jurídica.

—La ley establece que antes de que el estado pueda asumir la tutela parcial del condenado ha de haber una declaración explícita y por escrito de los familiares directos, en este caso usted, en la que se rechace pagar la multa impuesta a su marido y las costas del proceso. ¿Afirma usted haber sido informada y tener pleno conocimiento de las consecuencias de su decisión?

La mujer que tenía delante se echó la mano a la coleta y jugueteó un momento con la goma dorada que la sujetaba. No parecía tener problemas económicos.

—Sí.

—Si me permite, antes quisiera ponerle una grabación realizada ayer por la noche en el hospital donde trabajaba su marido, y donde permanece en custodia a la espera de la notificación definitiva.

El funcionario apretó un lugar de la pantalla y en el aire apareció una imagen en dos dimensiones, sin sonido. Se veía un hombre atado a la camilla, de unos cuarenta y tantos años y cabeza rapada, inconsciente. Un guardia entraba en la celda y parecía decirle algo, le pellizcaba y le abofeteaba, haciendo que la camilla se sacudiera. La imagen se congeló.

—Le ruego disculpe la mala calidad de la imagen. Hemos eliminado el sonido para que no resulte demasiado duro para usted —dijo el secretario judicial.

—¿Qué pretende enseñándome esto?

El tono de voz de la mujer mostraba que la respuesta le importaba bien poco.

—Disculpe, no era mi intención molestarla —el hombre apagó la imagen—. Se lo hemos mostrado por si consideraba oportuno iniciar acciones legales contra ese vigilante. Su conducta supone un abuso, y tenemos noticias de que no es...

—Entonces acabemos. ¿Dónde he de firmar?

La mujer dibujó una rúbrica amplia y ascendente en los lugares que le señaló. El funcionario recogió los documentos, le entregó una copia y observó de pie cómo la mujer salía sin volverse ni decir adiós.

**Marco Aurelio Granado Martínez** Nací en el seno de una familia de librerías. La disponibilidad -en una época en la que la única forma de conseguir algunos libros era viajando a Madrid- y el brillo en los ojos de mi padre, me llevaron a leer antes a Asimov, Clarke, Anderson y Heinlein que a García Márquez, Vargas Llosa o Cela (lo que intento corregir a marchas forzadas desde hace unos pocos años). De vocación científica, quiero pensar que fue mi sabio inconsciente y no los malos profesores los que me empujaron a acabar estudiando psicología, disciplina que he podido practicar hasta la fecha, actualmente en el ámbito de los recursos humanos y en una entidad de atención a personas con discapacidad.

Mi vocación literaria ha sido tardía. El único reconocimiento público otorgado a mis escasos esfuerzos literarios es un accésit en el 2º Concurso de Cuentos de Terror de la UBU, hace unos pocos años. Fuera de eso, me esfuerzo en aprender, y desde hace dos años participo en los talleres de escritura de la Escuela de Escritores de Burgos.

## Comiendo techo

*Unai Macías*

### Lunes

Las seis de la mañana y comiendo techo.

Mis ojos recorren un techo de revoltó con ladrillo visto y viguetas de madera. La luz entra a raudales por la ventana abierta; otro día de sol y calor. Ruidos y gente gritando en el patio. A lo lejos un almuecín grabado llama a la primera oración de la mañana: “*Allahu Akbar Ash hadu an la ilaha il-la Allah...*”. ¡Odio el puto Raval!

Me incorporo y compruebo que estoy solo en el dormitorio. La cama es un colchón sobre unos palets. El resto del mobiliario consiste en estanterías del IKEA con libros de fotografía, una cámara antigua y fotos impresas en tonos sepia. Al otro lado de las estanterías se intuyen un sofá y una pantalla sobre unas cajas de madera.

Preservativos tirados en un rincón junto a la mesita; sobre ella un marco tumbado, un billete enrollado y apenas medio gramo.

Oigo ruido en la cocina. Me levanto y camino hasta allí. Ella también está desnuda.

—¿Quieres café? —pregunta.

Niego con la cabeza—. Me daré una ducha y saldré para el laboratorio.

—¿Trabajas en un laboratorio? —Estoy seguro de que se lo dije anoche. También estoy seguro de que ella me contó a qué se dedica, pero ni lo recuerdo ni me importa—.

¿Qué eres, científico o algo así?

—Es complicado —respondo desde el pasillo. Abro la puerta de lo que creo que es el baño y resulta ser un escobero.

—Al otro lado —dice ella asomándose desde la cocina con una taza en la mano.

Asiento y entro en un baño sin reformar. El plato de ducha está descascarillado, la cisterna del retrete es elevada y el grifo del lavabo gotea. Hay dos toallas colgadas de sendos clavos y otros tantos cepillos de dientes en un vaso sobre el lavabo; alguien se ha ido el fin de semana fuera y ella no ha perdido el tiempo.

Me meto en la ducha y abro el grifo. Agua fría y poca presión.

Cuando vuelvo al dormitorio ella está recogiendo los preservativos con un papel de cocina.

—Queda para tres o cuatro rayas —dice señalando la mesita.

—Quédatelo —respondo mientras tiro la toalla sobre la cama y recojo mi ropa.

Cuando termino de vestirme ella sigue desnuda. Ha bajado la persiana, se ha sentado en la cama con la taza en la mano y mira hacia la ventana.

—Hoy va a hacer calor —comenta.

—Seguro... Me voy.

Ella bebe un trago de café y se despide con un gesto de la mano.

No debería haber alargado tanto la noche del sábado; no hasta la madrugada del lunes.

Me duele la cabeza y me cuesta concentrarme en el laboratorio. Este viernes se liquidan más de tres mil quinientos millones en bonos ingleses y si no tenemos las cadenas secuenciadas el jueves a última hora los de adquisiciones pedirán nuestra cabeza.

—Pareces mierda pisada. —Alzo los ojos. Es Marga—. Podrías tratar de no joder más que tu vida, ¿no? ¿Sabes que tenemos que replicar y secuenciar quince escenarios?

¿Cómo te atreves a venir en este estado con todo el trabajo que tenemos por delante?

—¿Quince escenarios? —Finjo no haber oído el resto de la frase—. El viernes sólo eran doce.

—Los matemáticos estuvieron trabajando el fin de semana. Hay tres escenarios nuevos y todavía tenemos que diseñar y montar las cadenas que los modelicen.

—¡Joder! Pues habrá que empezar ya.

—Está Javi con ello. Tú hoy límitate a secuenciar los resultados de las replicaciones del fin de semana y a preparar los datos para los de estadística. Y mañana procura venir despejado.

—Su tono podría cortar hormigón.

El calor en el metro es aplastante, los vagones van repletos, apestan y llego a casa hundido en mi propio sudor.

Nada más cruzar la puerta tiro la ropa al suelo y me meto en la ducha. El agua fría me despeja y parece llevarse algo del dolor de cabeza y el abotargamiento.

Mastico unos cereales frente a la pantalla mientras consulto algunas páginas con bibliografía básica sobre procedimientos de laboratorio, reacciones de replicación de cadenas y secuenciación de bases, librerías de secuencias, procesos, modelos y algoritmos de análisis...

Hay algo que no me convence en los resultados de los cultivos. Varias secuenciaciones han dado para algunas replicaciones resultados por debajo de la horquilla de error prevista por los matemáticos. Marga pretende retirar estas cadenas y utilizar sus líneas de replicación para las más prometedoras, pero no estoy convencido.

No dudaría de unos resultados bajos o ligeramente fuera de las horquillas. Pero la diferencia es demasiado grande y sospecho que el error es otro.

A las once y media estoy rendido de sueño. Termino los últimos cálculos y los inserto en un breve informe al que añado mis conclusiones. Mañana se lo daré a Marga y que sea ella quien decida.

## **Martes**

Marga ha terminado de revisar mis notas—. Has estado trabajando en esto en casa

—comenta mientras sigue leyendo mi informe.

Asiento sin decir nada.

—¿Te llevaste algún documento?

—¡Joder, Marga! Mira las putas notas. Son temas que encuentras en cualquier manual y que no habíamos tenido en cuenta. Está todo ahí —digo señalando el informe.

»Hemos incluido secuencias de ADN muy similares a otras que se replican en sentido inverso al del resto de la cadena. Un error en la replicación puede hacer que la replicación de la siguiente generación se bloquee si la mutación se da en esta forma. La secuencia mutada bloquea el avance de la polimerasa y el proceso se detiene.

»Al menos tres de los escenarios desfavorecidos tienen estas secuencias. Esto que yo recuerde; no tengo esa información en casa. El error de replicación es reducido pero acumulativo generación tras generación.

»Revisa los cálculos; los resultados son más ajustados a mi modelo que al que elaboraron los matemáticos.

Marga echa una ojeada a las últimas páginas—. Apenas dos coma ocho sigmas.

—Cierto, pero el modelo de los matemáticos ajusta peor.

—Una coma siete sigmas. —Vuelve a mirar las notas y se toma su tiempo para reflexionar—. ¿Cuántas de las cadenas con las que estamos trabajando incluyen estas secuencias?

—No puedo concretar el número; acabo de llegar al laboratorio y he venido directamente a tu despacho a entregarte esto. Ya te digo que al menos tres, y todas ellas son escenarios desfavorables.

—De acuerdo. Revísalas y sustitúyelas por otras que no den lugar a estos errores.

Tendremos que empezar a replicarlas de cero... Estamos a martes y los de adquisiciones necesitan los resultados para el jueves a última hora. —Se frota los ojos con gesto de cansancio—. Igual tenemos que meter horas.

—Eso seguro.

## **Viernes**

Entregamos los resultados a los de adquisiciones el viernes, apenas hora y media antes de la apertura de las bolsas. Hemos pasado toda la noche trabajando en el laboratorio y si no llegan a tenerla a primera hora nos hubieran cortado la cabeza a todos.

—Podéis tomaros el resto del día libre —dice Marga con gesto fatigado—. El lunes empezamos a preparar una nueva serie de escenarios para otra adquisición. No habrá detalles hasta entonces; los matemáticos están todavía con ello. Id a casa y descansad.

—Noto su mirada clavada en mí en esta última frase.

Me despierto a las seis. La temperatura en mi apartamento es agradable, pero sé que afuera el calor y la humedad son aplastantes y que no refrescará en toda la noche.

Me acerco a la cocina y me hago un café mientras unto margarina en unas rebanadas de pan tostado.

Me siento un par de horas frente a la pantalla, saltando entre canales de entretenimiento y páginas de contactos, y a las ocho llamo a Arnau—. Estaba pensando en salir a tomar algo —digo—. ¿Te apetece una cerveza?

—¿Ahora?

—Sí. Han abierto un sitio nuevo en Laietana. Podemos tomar algo a ver qué tal y después irnos al Gótico, al bar de sushi. Luego, si quieres, pillamos algo y nos vamos de locales.

Arnau acepta—. De acuerdo —dice—. Nos vemos en la esquina de Urquinanona dentro de media hora.

Me ducho, me visto con un pantalón y una camisa ligeros y salgo a la calle.

Son las tres o las cuatro cuando entramos en mi casa.

Lo primero que hace la de las tetas grandes es despejar la mesita de café para extender unas rayas. La otra, la morena, se acerca a la biblioteca—. ¡Cuántos libros!

—exclama—. ¿Que son, de química?

—Bioquímica —respondo sin mirarla. La de las tetas grandes se ha metido su raya y me ofrece el billete pero sonrío y le digo que no. Le quito el vestido y el sujetador mientras la morena hojea un manual desfasado que no he tirado todavía. Tumbo a la de las tetas grandes en el suelo, esparzo algo de coca entre sus pechos y hundo mi cara entre sus tetas respirando fuerte.

La morena ha debido girarse y nos ha visto porque la oigo reír—. Yo también quiero —dice.

—Pues ven —respondo mientras esparzo un poco más de coca entre las tetas de la otra, que cierra los ojos y se relaja.

## **Sábado**

Amanece. Sábado de madrugada y comiendo techo. Esta vez es mi propio techo: blanco con halógenos de color grafito.

—Me apetece una raya —dice la morena a mi derecha.

—Sírvete —respondo.

Se levanta intentando no despertar a la de las tetas grandes, que Dios sabe cómo ha conseguido quedar dormida.

Me levanto yo también y voy a la cocina a beber una Coca Cola mientras la morena se mete una raya.

—Todos esos libros... —pregunta poco después entrando en la cocina y quitándome la lata para beber un trago—. ¿En qué trabajas?

—En una empresa de inversiones.

—Pero son libros de química. ¿Qué eres? ¿Químico o economista?

Me echo a reír pero veo que su pregunta es sincera—. Ya no hay economistas en la bolsa —respondo—. Todo son matemáticos, informáticos...

»Yo trabajo con ADN. Diseñamos cadenas que modelizan escenarios de actuación en bolsa. Cada secuencia de la cadena es una operación bursatil ordenada en su posición y con la duración deseada. Las hacemos replicarse en cultivos de aminoácidos, encima... luego lo centrifugamos todo para secuenciarlo y ver cuánto se ha reproducido cada cadena. Al final, con un análisis estadístico de todo eso acabamos determinando una estrategia óptima.

—No te he entendido nada. —Se echa a reír—. Una vez estuve con un tío que jugaba en bolsa. Siempre me hablaba de temas de energía y reciclaje. ¿Lo tuyo va de eso?

—No. Nos dedicamos a los bonos, fondos de inversión, planes de pensiones...

Desde la crisis la gente mete su dinero y sus ahorros en fondos y nosotros tratamos de llevarnos ese dinero.

—Eso le pasó a mi abuelo —dice la de las tetas grandes desde el marco de la puerta—. Metió sus ahorros en un banco y se los robaron. Cuando a mis padres les quisieron embargar la casa mi abuelo intentó vender sus preferentes pero no valían una mierda. Perdieron la casa. Yo nací después, pero me lo contaron. ¿Te dedicas a eso?

—No... bueno... —Intento encontrar una salida—. Trabajo con productos financieros complejos. A veces la gente no sabe dónde se mete. Eso no es culpa mía.

—Eres un hijo de puta. —La de las tetas grandes escupe las palabras con desprecio y se marcha al dormitorio. La sigo por si intenta hacer algo pero sólo se está vistiendo—.

Por culpa de los hijos de puta como tú estamos los demás jodidos, ¿sabes? —Se viste de forma precipitada: se pone el sujetador, los zapatos, se echa el vestido por encima...

Mete el terminal y las bragas en el bolso y sale dándome un empujón—. ¡Ojalá llegues a viejo y te lo robe todo un hijo de puta como tú! —grita desde la puerta de salida y se larga dando un portazo.

La morena me mira incómoda—. Creo que yo también me voy —dice.

Deja la lata de Coca Cola encima de un mueble y se va al dormitorio.

—Bien, vale... —No sé qué decir mientras ella se viste—. Lo que le pasó a su abuelo no tiene nada que ver conmigo.

—Me da igual —dice ella—. Gracias por todo —añade mientras se marcha casi con tanta precipitación como la otra.

Me quedo solo en casa y me siento en el sofá del salón frente a la pantalla apagada. Mi vista se desvía a las estanterías de libros de consulta y veo que la mo na los ha dejado desordenados.

Me levanto para colocarlos en su sitio y al acercarme a las estanterías veo la foto de Joana junto al montón de novelas. “Cuando estaba ella todo era más fácil” me digo, pero sé que es mentira. A ella también le asqueaba mi trabajo. Por eso me mandó a la mierda y se largó de casa.

Como siempre que veo su foto, siento el impulso de mandar al laboratorio a la mierda, de coger el terminal y llamarla para decirle que estoy buscando algo distinto, pero su línea tiene mi número bloqueado.

Vuelvo al sofá y enciendo la pantalla.

No volveré a llorar por esto.

**Lunes**

El lunes llevo despejado al laboratorio.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando noto algo raro en el ambiente.

—¿No te has enterado? —responde Jaime—. La emisión de bonos. Fue un desastre.

—¿Qué pasó?

—Unos gilipollas usaron un equipo de ordenadores mal sincronizados. Se desfasaron unos milisegundos entre sí y empezaron comprarse y venderse los bonos entre ellos; una cagada multiplicada a alta frecuencia. Bloquearon la operación y los ordenadores de todos los que jugábamos por la misma operación entraron en pánico.

Cuando la operación salió del parquet los bonos ya no valían nada.

—¡Joder! ¡Tanto trabajo para esto!

—A veces pasa.

Llego a casa empapado en sudor. Me quito la ropa y la tiro a un rincón.

Me ducho y me siento frente a la pantalla a ver las noticias mientras me como unos cereales. Jubilados británicos indignados protestando ante la bolsa de Londres reclamando sus ahorros. No me hace falta seguir la noticia para saber que fueron los bonos por los que apostamos en nuestra operación del viernes.

Trato de recordarme que yo no tuve que ver nada con eso, que todo es culpa de los que programaron una red HFT sin sincronizar los ordenadores, que yo sólo hice mi trabajo... pero no puedo evitar cambiar de canal sintiéndome culpable.

### **Miércoles**

—Quería comentarte una cosa —me dice Arnau durante la comida—. Estábamos hablando

Martín y yo de establecernos por nuestra cuenta.

—¿Martín? ¿El de matemáticas?

Arnau asiente mientras le echa ketchup a su Big Mac—. Es a raíz de lo del viernes. Este mercado está muy disputado. Son salidas grandes y llaman la atención de mucha gente. Estábamos pensando en otros mercados.

—¿Cuáles? —pregunto cogiendo algunas patatas del montón.

—África.

Pego un sorbo de Coca Cola y cojo mi hamburguesa—. Ahí no hay gran cosa. Si fuera Sudamérica...

Arnau niega con la cabeza y traga un bocado antes de seguir—. No. A Sudamérica llegamos tarde. Los campos de transgénicos de Brasil, las grandes constructoras, la explotación del canal... todo eso está ya copado, y aún falta una generación para los mercados de seguros y pensiones. No... —Pega otro bocado y mastica como un hombre de negocios: llevando la comida a un lado de la boca para seguir hablando—. Es mejor

África. Ahí todavía no hay nadie.

—No hay nadie porque ahí no hay nada.

—No hay nada grande. Seríamos como un tiburón en una piscina de caviar. Cada bocado es pequeño, pero no podrías abrir la boca sin llevarte algo.

Medito mientras mastico—. No creo que sea buena idea. En una década se empezarán a morir los nacidos en los '70. Fueron los que empezaron a apostar todo a planes privados. El mercado de fondos se va a volver interesante a medida que desaparezcan los perceptores de los intereses.

—Una década son diez años. Es mucho tiempo.

—Pero hay que estar posicionado. Tu quieres dejar esto y lanzarte a la aventura.

Si te va bien te forras, pero si te va mal, cuando vuelvas no hay nada.

—Sigo siendo biólogo molecular.

—¿Qué laboratorio pensáis montar? Para África os pueden valer unas pocas líneas de replicación, un punto de secuenciación para leer los resultados y un trabajo estadístico simple... Pero cuando vuelvas habrá un montón de procedimientos y técnicas de laboratorio nuevas que no conocerás. Lo siento, pero no creo que sea una buena idea.

»De todas formas, tomo nota —bromeo—. Ya os mandaré mi currículum si me echan.

—Cuando te echen —dice Arnau antes de sorber el fondo del vaso de Coca Cola y limpiarse las manos—. ¿Tienes seguro de desempleo? Porque Marga te tiene enfilado; el lunes anterior llegaste pasado.

—Y el martes le solucioné un puto problema del que no se había dado cuenta.

—Eso no importa. Te estás pasando.

—¿Y tú me lo dices? El sábado te metiste tanto como yo.

—Pero el lunes no llegué al laboratorio hecho una mierda. Tú sí, y no es la primera vez. Ha ocurrido incluso entre semana.

—Nunca he llegado pasado entre semana —le respondo. Él parece intentar interrumpirme pero no le doy pie—. Y he hecho siempre mi trabajo, ¿no? No me pueden reprochar nada.

—Te pueden hacer un test de drogas. Te pueden poner de patitas en la calle con una sanción.

—No lo harán mientras cumpla en el laboratorio.

—Pues no dejes de cumplir.

## **Jueves**

Estoy con Arnau tomándonos unas cervezas en Travessera de Gràcia, cerca de la biblioteca. Las universitarias han empezado a preparar sus exámenes pero no las miramos.

—Ayer hablé con Joana —le digo.

Arnau se me queda mirando un buen rato con los ojos abiertos de par antes de decir nada—. Pensé que no quería saber de ti —comenta—. Me dijiste que te había bloqueado, que su línea rechazaba tus llamadas.

—Pues ya no. Me llamó ayer. Quería saber qué tal me iba y estuvimos hablando.

Me dijo que quería volver a verme y a hablar de lo nuestro, que quizá podríamos empezar de nuevo.

Arnau me mira, abre la boca para decir algo pero se calla y bebe un trago de cerveza.

—¿Qué ibas a decir? —pregunto.

Un grupo de chavales ingleses entra en el bar. Rubios, con ojos de color gris desvaído y la piel roja de haber tomado el sol demasiado tiempo. Son de esos que se despellejan y no se ponen morenos. Se sientan detrás de Arnau y su ruido molesta en la conversación.

—¿Hablaste con ella y te dijo que quería volver contigo? —pregunta Arnau—.

¿Estás seguro?

—Sí, eso me dijo.

—Sabes que Marta la ve a veces, ¿no?

—Me dijo que ya no se veía con nadie.

—Pues sí, Marta y Joana se ven a veces. Estuvieron juntas hace unos días y seguía con Rubén. Viven juntos y les va bien. Eso le dijo a Marta.

—Quizá las cosas no van tan bien. Ya te digo que yo hablé ayer con ella.

Arnau se da la vuelta para mirar con irritación a los ingleses antes de seguir hablando—. ¿Estás seguro de lo que me cuentas?

Asiento irritado—. ¡Sí, joder, seguro! ¿Qué pasa? ¿No me crees?

Arnau bebe un trago de cerveza y se lo piensa bien antes de seguir—. Lo siento, pero desde que lo dejasteis... ¿cuánto hace ya, por cierto, un año?

—Año y medio —respondo irritado—. Dudas de lo que te digo, ¿verdad? Mira si estás diciendo...

—Lo que digo —me interrumpe— es que desde que te dejé llevas metiéndote cada vez más. ¿Cuánto te dejas? ¿Cuánto te metiste el fin de semana pasado? ¿Un gramo?

Me parece poco; eso es lo que me metí yo. ¿Gramo y medio? ¿Dos...?

Lo miro irritado, pero no respondo y le dejo hablar.

—Lo siento, pero esta última temporada estás abusando —continúa—. Antes parabas el domingo. Ahora llegas el lunes con pinta de haberte pasado el fin de semana mpuesto hasta el culo. ¡Joder! Eso tiene que afectarte.

—Mira, Arnau —le digo con tono cortante—. Para ya, ¿vale? No te estoy mintiendo.

¿Para qué cojones iba a mentirte? ¿Qué gano con contarte una mentira?

—No digo que mientas...

—¡Sí lo dices! —le corto alzando la voz. Los ingleses se giran para mirarme y me calmo antes de seguir—. No estoy mintiendo, no me lo estoy inventando, ni lo he soñado.

Si piensas que te engañaría con algo así...

—No, mira, vamos a dejarlo.

—Sí, mejor. —Acabo mi cerveza y dejo el vaso en la barra—. Me voy a casa.

Mañana nos vemos.

## **Domingo**

Domingo por la mañana y comiendo techo. Falso techo de escayola agrietada con una mancha de humedad en un rincón; estamos en un bajocubierta.

Sé que empieza a hacer calor, pero me siento aterido por efecto de la droga.

—¿Puedes dormir?

—No —respondo.

—Yo tampoco —dice ella.

Me giro para mirarla. No tendrá ni veintitrés años. Las tetas duras y tiesas.

Un dormitorio pequeño. Una mesa de estudio con una pantalla en un rincón y unas estanterías con libros y apuntes. Una estudiante, pero no comparte piso; vive sola en un apartamento pequeño en algún lugar de l'Eixample.

—¿Quieres una raya? —pregunto.

—Nos quedamos sin coca. Sólo queda cristal.

—Pues que sea cristal.

Me incorporo y alargó el brazo por encima de ella para coger de la mesita lo que queda del gramo. Le doy un beso suave en la boca, muerdo su labio inferior y bajo hasta los pechos para lamer sus pezones. Luego me chupo el dedo índice, cojo unas piezas de cristal y las unto en los pezones húmedos.

Ella se echa a reír—. ¿Qué haces?

—Chupar cristal. —Y me meto su pezón en la boca. El sabor amargo llena mi lengua mientras ella gime y yo voy a por la droga del otro pezón. Bajo rozando sus costados con la punta de mis dedos mientras beso su vientre, muerdo el hueso de su cadera y beso su vulva depilada.

Ella gime otra vez y arquea la espalda relajándose y dejándose hacer. Unto cristal en su clítoris, me abrazo a sus piernas y durante la siguiente media hora le hago

la comida de coño de su vida, sujetando sus piernas y caderas con fuerza cuando se retuerce, dejando que sea ella quien se mueva y frote sus labios contra mi lengua antes de volver a meterme el clítoris en la boca.

Cuando termino ella tiene la respiración totalmente agitada.

—Te lo dije anoche —dice riendo entre jadeos. Se reclina y me mira con una sonrisa boba—. Nunca nadie me había comido el coño así.

—No es lo único que sé hacer.

Levanto sus caderas y la obligo a darse la vuelta.

—¿Qué haces? —murmura mientras se abraza a la almohada.

—Calla. —Abro sus nalgas, hundo mi cara entre ellas y le como el culo. Cuando empieza a agitarse me incorporo, me pongo el preservativo y la penetro analmente.

Entra como la seda, ella gime de placer y sé que vamos a ir a por más coca y cristal para pasarnos el domingo follando como animales.

## **Lunes**

Llego al laboratorio directamente desde el apartamento de la chica. Se llama Sandra y tengo su número.

Llego cansado, sin afeitarse y con la misma ropa del viernes. Marga se ha dado cuenta y me lleva a hablar en su despacho.

—Esto no puede continuar —dice—. No pienso tolerar que llegues en ese estado.

—Sólo vengo algo cansado.

—¿Algo cansado? ¿Tú te has visto? ¿Has dormido el fin de semana?

Voy a responder pero ella me corta.

—Cállate. Era una pregunta retórica; no quiero saberlo. —Se echa atrás en su sillón—. No voy a dejarte trabajar en las líneas principales. Si vienes en este estado trabajas con los asistentes.

—¿Con los asistentes? —Consigo no gritar—. ¿Haciendo qué?

— Preparar las secuenciaciones. Supervisar la pureza de las muestras, corregir el grado de humedad de los moderadores o precipitadores, ajustar la concentración de azúcares...

La miro indignado—. Ese no es mi trabajo —le digo. No pienso dejar que me humille—. Soy bioquímico, no un puto asistente de laboratorio. Yo sintetizo secuencias de ADN, no limpio los vasos de precipitados.

—Un bioquímico que no está en condiciones de realizar su trabajo. ¿Te crees capaz de leer las especificaciones de los de matemáticas para cada escenario y plasmarlas en una cadena de bases, de determinar las proporciones de aminoácidos de cada cultivo en función de las condiciones de mercado?

—Por supuesto.

—¿De verdad? Estamos montando las condiciones base para toda una gama de escenarios nuevos. Un error en estos momentos podría extenderse a todas las cadenas que montemos después. ¿Puedes garantizarme que puedes realizar este trabajo *sin cometer errores*?

—Hace dos semanas venir cansado no me impidió encontrar una fuente de error en la replicación de las cadenas.

—Lo sé. Sé que eres bueno, pero no puedo permitir que cometas un error en la manipulación de las cadenas o que introduzcas mal una secuencia porque estás demasiado cansado. No en esta fase del trabajo.

»Si quieres venir hecho una mierda trabajas con los asistentes. Si no, te vas a casa a darte una ducha.

No respondo. Me reclino en la silla y me cruzo de brazos.

—Vete a casa —dice por fin—. Te descuento de la paga el día de hoy.

Salgo de su despacho y de camino a la salida se me acerca Arnau—. ¿Despedido?

—pregunta.

Niego con la cabeza—. Me voy a casa. Mañana nos vemos.

## **Jueves**

Cervezas en Gràcia con Arnau.

—Ayer volví a hablar con Joana —le digo. Tras la conversación del jueves pasado había decidido no volver a hablar con él del tema; no sé por qué al final me he animado a decírselo. Supongo que en el fondo hay ánimo de revancha; quiero oírle reconocer que está equivocado.

—¿De qué hablasteis? —su voz y su gesto denotan escepticismo.

—De lo del otro día. Le propuse quedar para tomar un café y hablar de lo nuestro.

Hemos quedado el miércoles a las siete.

Arnau me mira de nuevo. Sé que no me cree por la forma en que medita cada palabra—. Hablé con Marta de esto —dice por fin—. No ha vuelto a verla pero insiste en que sigue con Rubén. Que les va muy bien juntos.

—Pues parece que no tanto.

—Ha desbloqueado tu número, ¿no?

—Se ve que sí.

—¿Por qué no la llamas ahora?

—¿¡Qué!?

—Sí. Llámala ahora. Dile que retrasas un cuarto de hora la cita.

—¿A qué viene esto? —pregunto irritado.

—Quiero saber que lo que dices es cierto, que de verdad te ha llamado —dice de forma tan seria que no sé ni cómo reaccionar.

—¡Joder...! Sigues pensando que te estoy mintiendo, ¿no? —No me cabe en la cabeza que Arnau me crea capaz de inventarme algo así.

—No... No creo que mientas. Pero... —De nuevo no sabe cómo seguir la conversación—. Da igual. Mira, no se va a mosquear porque retrases todo un cuarto de hora, ¿no? Le dices que tienes una reunión o un cierre.

—Quieres oír la llamada.

—Me quedaría más tranquilo, sí.

Respiro hondo antes de hablarle claro—. Mira, Arnau —le digo—. No sé qué hostias se te ha metido en la cabeza. No me invento la realidad ni son paranoias mías, ¿vale?

Me mira tenso, pero no intenta interrumpirme—. Existe la posibilidad de que

Joana y yo volvamos a estar juntos —continúo— y lo menos que esperaba de ti, como mi mejor amigo, es que te alegraras por ello, no que insinuaras que me lo invento para... no sé... para lo que tú creas que gano con mentirte.

»Mira, no voy a enfadarme, ¿vale? Voy a hacerte un favor y olvidar que has dicho nada de esto. Sé que te preocupas por mí, sé que has estado a mi lado todo este tiempo, que me has ayudado, que me has aconsejado tan bien como has podido... Sé que lo has hecho por mí pero, por favor, no vuelvas a hablarme salvo en el laboratorio, y sólo si es estrictamente necesario, ¿vale?

»Desde hoy ya no somos amigos. No quiero volver a saber nada más de ti ni que vuelvas a interesarte en ningún aspecto de mi vida.

Me levanto y lo dejo solo en el bar.

## **Lunes**

El lunes llego al laboratorio directamente desde el apartamento de Sandra. Estoy molido. Hacía meses que no vivía algo tan físicamente intenso. Le saco más de quince años y sólo la coca me

ha permitido seguir el ritmo. Me he metido una última raya esta mañana y, a medida que el efecto se desvanece, la resaca, el cansancio y las agujetas comienzan a hacer acto de presencia.

Me he refrescado la cara en el baño antes de entrar en el laboratorio, pero Marga me ha visto y me ha llamado a su despacho.

—¿Me vas a mandar a casa otra vez?

—No —responde—. Ya te dije que no iba a volver a permitir que esto ocurriera.

—Coge el terminal y llama a seguridad.

—¿Para qué llamas a los seguratas? ¿Vas a hacer que me echen ellos?

Marga no responde y esperamos en un silencio tenso a que lleguen los guardas jurados. Cuando entran Marga les saluda desde su sillón—. Por favor —les dice—, necesito que sean testigos de la conversación. —Saca una caja de cartón de un cajón y me mira a los ojos—. Deseo una muestra de orina para un análisis de drogas —me dice—. Estos señores te acompañarán al baño y vigilarán que entregas una muestra de tu propia orina.

El corazón me da un vuelco—. No... —digo con voz entrecortada—. No puedes hacerme esto.

—Si te niegas a entregarme la muestra asumiremos que ésta es positiva y quedarás despedido con una sanción de tres mensualidades y las cancelaciones tanto del plan de pensiones como del seguro médico con sus correspondientes penalizaciones.

—¡No puedes asumir nada, joder! —grito—. ¿Quién cojones te has creído que eres?

No puedes hacerme esto.

—No asumo nada que no venga indicado en el contrato. Por última vez: te requiero una muestra de orina. Si te niegas, estos señores te acompañarán a tu puesto para que recojas tus objetos personales y para asegurarse de que no te llevas documentación de la empresa, de que entregas tu pase de seguridad y abandonas el edificio.

»A lo largo de la semana recibirás por correo certificado la documentación del cese, el requerimiento de la sanción y la comunicación de las cancelaciones del plan de pensiones y del seguro médico, de cuyo saldo se restarán las correspondientes penalizaciones.

—Marga, por favor...

Baja la mirada y parece abatida—. Te lo advertí —dice—. Te advertí de que no volvería a admitir que llegaras en estas condiciones. Si estoy equivocada entrega una muestra de orina. En caso contrario, estás despedido. Ahora, por favor, no hagas una escena.

Mi indignación puede más que mi dignidad y sí: hago una escena. Cuando golpeo su mesa los de seguridad me agarran fuerte por los brazos y me arrastran fuera del despacho.

Todo el mundo en el laboratorio está fuera de sus puestos mirando a la puerta.

Están lo bastante cerca para haber oído los gritos, pero no tanto que no puedan disolver la reunión y volver al trabajo cuando la puerta se abre y los seguratas me arrastran fuera.

—¡Dejadme en paz! —les grito—. Voy a recoger mis cosas —añado más calmado.

Aflojan la presa y me suelto para estirar la camisa. A mi gesto amagan volver a cogerme pero no llegan a hacerlo.

No tengo mucho que recoger y, desde luego, nada que me importe, pero no quiero que nada que me pertenezca quede encima de la mesa para que alguien lo recoja y lo tire a la basura. Ya lo haré yo mismo.

En el hall de entrada paso por el torniquete por última vez y entrego el pase a uno de los seguratas.

—Que tenga un buen día —dice el muy hijo de puta.

—¡Vete a la mierda, gilipollas!

Me doy media vuelta y salgo del edificio.

**Miércoles**

Estoy en el Starbucks del carrer de Ferran, disfrutando del aire acondicionado sentado en uno de los sillones que hay junto a la entrada. El hielo del granizado de café se derrite mientras espero a Joana.

He estado pensando en mi despido. Mis sensaciones al respecto son ambiguas.

Tras la preocupación inicial no he podido evitar pensar que quizá llegue en un buen momento. A fin de cuentas me dejó por ello; odiaba que me dedicara a las inversiones en capitales de ahorro, a jugar a llevarme el dinero de ahorradores que se metieron en productos demasiado complejos. ¡Como la chica de las tetas grandes! Pero ahora puedo buscar un trabajo productivo, algo que a ella no le resulte reprochable y que no provoque tensiones innecesarias ahora que empezamos de nuevo.

Pienso en ello mientras contemplo el hielo del granizado derretirse en el vaso, el charco que el agua de condensación de las paredes ha formado alrededor de su base, y soy de pronto consciente de que Joana tarda en llegar.

Cojo el terminal y compruebo la hora: las siete y media pasadas; media hora tarde. No es normal que se retrase tanto y no me avise.

Me decido a llamarla yo y, cuando selecciono su nombre en la agenda, recuerdo la conversación con Arnau. De pronto me doy cuenta de que quiso hacerme llamar cuando habría bastado con consultar el registro de llamadas. ¿Por qué no se me ocurrió entonces? Aunque, en realidad, no hubiera sido distinto de hacer la llamada. En ambos casos habría estado teniendo que probar que lo que digo es cierto.

Tuerzo el gesto indignado y pulso el botón de llamada.

**Unai Macías** (Durango, 1976) es ingeniero técnico de obras públicas. Es cofundador de la enciclopedia de ciencia ficción **Alt+64** (<http://www.alt64.org/wiki>) y el presente es su primer relato publicado.

## **Futuro igualitario**

*José Manuel González Rodríguez*

—¿Por qué yo?

—Le hemos elegido al azar. Nos es muy costoso mantener activo un haz teletransportador para tanta materia, así que elegimos a la primera persona que pasó por el punto de enfoque.

—¿Qué quieren de mí?

—Queremos que actúe como nuestro embajador ante la humanidad.

—Pero... Yo solo soy un empleado de banca. Ni siquiera acabé la carrera... Ustedes necesitan un político, o un sociólogo, o algo parecido...

—No. Será usted nuestro embajador. No correremos el riesgo de transportar a otra persona y que esta sea un niño, o un deficiente mental. No se preocupe. Nos pondremos en contacto con usted periódicamente y le proporcionaremos los medios necesarios para que lleve a cabo su misión.

—Pero... Si quieren presentarse a la humanidad hay una forma más fácil... Envíen un mensaje. Hay mucha gente esperándolo.

—No es tan sencillo, señor Ballesteros. Su misión será un poco más complicada que la de representarnos. Cuando llegemos a su planeta, dentro de dos años, su sistema económico deberá ser homologable al del resto de mundos federados.

Queremos que acabe con el capitalismo.

—¿Cómo?... ¿Qué ha dicho?

—Que queremos que acabe con el sistema económico imperante en su sociedad: el capitalismo.

—¿Es una broma? ¿Y cómo quieren que haga eso?

—Ya le hemos dicho que le proporcionaremos los medios.

—¡Me matarán!

—No. Ningún arma de su mundo podrá dañarle. Mientras estaba inconsciente hemos incrustado en su piel una malla de campo activo. Repelerá cualquier objeto o energía lanzada contra usted y filtrará los alimentos que ingiera, eliminando los tóxicos y los materiales no digeribles. También le proporcionará una fuerza casi ilimitada, respondiendo a sus movimientos y potenciándolos.

—Encontrarán la forma... Me matarán.

—Confíe en nosotros, señor Ballesteros. La civilización de los mundos federados está dos millones de años adelantada a la suya. Nuestros recursos tecnológicos son casi ilimitados.

—Si son tan avanzados. ¿Por qué no lo hacen ustedes? ¿Por qué no les obligan ustedes mismos a acabar con el capitalismo?

—Podríamos hacerlo, pero hemos comprobado que las civilizaciones primitivas reaccionan mal a las imposiciones extraplanetarias. Por lo menos al principio. Usted nos representará y solo revelará nuestra naturaleza cuando se lo autoricemos.

—Pero... ¡Denme unas instrucciones!... ¡Díganme como puedo hacer algo así!

—Utilice su criterio.

—¿Y qué sistema económico quieren imponer? ¿Son ustedes comunistas?

—No. No somos comunistas ni nada parecido. Nuestras sociedades proporcionan ciudadano todo lo que necesita, por lo que el dinero no es necesario. La palabra de su idioma que más se aproxima es "igualitarismo". Somos igualitarios...

.....

—Señor presidente... La situación se complica. Se ha encerrado en el despacho del ministro y lo tiene cogido por el cogote.

- ¿Pero que carallo quiere ese hombre?...
- Dice que quiere hablar con usted para que le ayude a acabar con el capitalismo.
- ¡Y cómo han dejado colarse a un *indignado*! ¿Qué hacían los de seguridad? ¿Se estaban tocando las narices como de costumbre?
- Cuando se presentó y pidió hablar con el ministro utilizamos el procedimiento estándar, pero dijo que esperaría. Lo tuvimos en una sala seis horas y cuando ya creíamos que se marchaba, en un descuido del vigilante se coló por las oficinas y llegó al despacho del ministro. Debe ser culturista, o algo así, porque reventó dos puertas cerradas.
- ¿Y el de seguridad? ¿Qué hizo?
- Le tocaba a Ramiro... Ese que está a punto de jubilarse... Dice que le metió dos tiros en una pierna y que las balas rebotaron. Ya sabe que el pobre no ve demasiado bien, pero el ministro le ha cogido cariño y...
- Ya... Ya... ¿Y qué hizo el *indignado*?
- Gritaba que no dispararan, que podían darle al ministro.
- Bueno, en eso tenía razón. ¿Sabemos quién es?
- Sí... Es Ramón Ballesteros. Tiene treinta y dos años, vive en la calle Montes, en Alcorcón, trabaja en el Banco Trueba y es soltero.
- ¡Coño! ¡Qué eficacia, para variar! ¿Estaba fichado?
- No. Es que se dejó la chaqueta con la cartera en el respaldo de la silla, en la sala de espera.
- ¿Han llamado a I. U.?
- Sí, dicen que no le conocen. Pero en el sindicato sí. No a él, si no a su padre, que fue representante sindical en el mismo banco.
- ¿Ve lo que le decía el otro día? Si es que la cabra...
- Señor... Tenemos al ministro al teléfono.
- Páseme.
- Señor presidente...
- ¡Luisito! ¿Qué te han hecho?
- Estoy bien, señor presidente. Este señor ya se ha calmado y dice que quiere hablar con usted. Le oye por el manos libres.
- Señor... Los Geos ya están en el ministerio. Piden permiso para asaltar el despacho.
- ¡Que esperen, coño! ... A ver, pollo. ¿Qué quiere usted?
- Señor presidente. Necesito su ayuda.
- Ya... Ya... ¿Y cree que esas son formas?
- No he tenido más remedio, señor presidente. Tengo una misión y le necesito para cumplirla.
- Acabar con el capitalismo.
- Sí, señor presidente. Me han dado un plazo de dos años y poderes ilimitados para hacerlo, pero no sé ni por dónde empezar. Necesito a un político profesional.
- ¡Pero...! ¡Alma de cántaro! ¿Por qué no empieza por algo más sencillo? En su barrio seguro que hay alguna asociación de vecinos indignados con alguna obra o variante.
- ¡Quiero que me tomen en serio!... Perdón, perdón, señor presidente. Ya sé que no me creen, aunque me hayan rebotado las balas del vigilante. Mire... voy a hacerles una demostración.
- ¿Pero qué hace?... ¡Pare! ¡Oh, Dios! ¡Pare! ¡Pare!
- ¿Qué pasa Luís? ¿Qué hace? ¿Mando a los Geos?
- ¡Que es de Carrara! ¡El energúmeno este me está haciendo pedazos la mesa de mármol!... ¡Y ahora se está comiendo los trozos!
- No me pasará nada. La malla que llevo desintegra todo lo que meto en la boca excepto los alimentos.
- ¡No coma más, por Dios, que me da grima!

—Interesante... ¿Y quien dice que le proporcionó esa malla, joven...?

.....

—No me creen, y he tenido que decírselo.

—¡Pero le ordenamos expresamente que no dijese nada!

—Sí, pero los americanos creían que yo era un agente ruso, los rusos que era chino y los chinos que americano, y que lo hacían para fastidiarles el crecimiento.

—¿Y cómo han reaccionado?

—Todos dicen que quieren hablar directamente con ustedes.

—¿Les ha explicado que cada vez que nos comunicamos con La Tierra retrasamos la llegada en un mes?

—Sí, parece que entienden eso de la comunicación instantánea con partículas entrelazadas, y que tienen que decelerar para transmitir, pero dicen que eso puede ser una ventaja, que así les da más tiempo para prepararse para su llegada.

—¿Quieren más tiempo para acabar con el capitalismo?

—No, de eso no quieren ni oír hablar.

—Pero eso es intolerable. ¿Quién es el hombre más poderoso del planeta?

—No sé... Supongo que el presidente americano. Creo que es un buen tipo.

—Pues vaya y secuéstrelo. Para que vean que vamos en serio.

.....

Esta mañana se ha producido el mayor ataque terrorista a la Casa Blanca de toda nuestra historia. En las imágenes podemos ver el boquete en la verja por el que se han introducido los asaltantes. El vicepresidente ha comparecido en rueda de prensa pasadas las 12 horas y ha confirmado que el presidente, sus colaboradores y la primera dama se encuentran bien, a bordo del Air Force One.

El vicepresidente no respondió a ninguna de las preguntas sobre la posible identidad de los asaltantes, alegando motivos de estado. Algunas fuentes indican que el ataque fue perpetrado por un único hombre, pero el dispositivo y los medios desplegados para la defensa parecen desmentir esta afirmación.

Los disparos y las explosiones comenzaron hacia las nueve treinta, momento en el presidente estaba recibiendo la visita de un dignatario francés en el despacho oval. Las imágenes muestran como las fuerzas especiales se desplazaron por todo el edificio en persecución de los terroristas. En esta grabación pueden ver como las ventanas del piso primero del ala oeste saltaban en añicos y de ellas salían grandes llamaradas. Expertos consultados por esta cadena aseguran que los militares utilizaron lanzallamas para intentar repeler a los asaltantes, algo insólito en operaciones de este tipo.

Una hora después del comienzo del asalto nuestras cámaras captaron la imagen de un hombre completamente ennegrecido, huyendo por el mismo boquete por el que entraron los asaltantes y corriendo después hacia el río Potomac, donde se le perdió la pista...

.....

—No he podido secuestrarlo. Escapó antes de que llegara a su despacho.

—¡Pues secuestre a otro presidente!

—¡Es imposible! ¡Están todos escondidos! Tendrán que hablar ustedes con ellos.

—De acuerdo. Convoque una reunión con todos los presidentes de La Tierra dentro de treinta días. Hablaremos a través de usted.

.....

—¿Están reunidos ya todos los presidentes?

—No ha venido ni uno. Han mandado a sus representantes. Creo que tienen miedo de que vuelva a hacer algo parecido a lo de la Casa Blanca.

—Pero... Están representadas todas las naciones de La Tierra, ¿No es así?

—Sí, y los presidentes lo escuchan todo y pueden hablar a través de sus representantes.

—De acuerdo. Vamos a tomar el control de la malla. A partir de ahora nosotros hablaremos y oiremos a través de usted. ¡Naciones de la Tierra! Venimos a...

—¡Un momento! —cortó el representante japonés—. ¿Quién se dirige a nosotros? ¿Pueden presentarse?

—Sí, perdón... Procedemos del sistema que ustedes conocen como Cygnus y representamos a la Federación De Mundos Del Brazo 23. Su civilización es una de las pocas que no pertenecen a...

—¿Y pueden aportar alguna prueba más de que eso es cierto —intervino el representante de Reino Unido—, a parte de este fenómeno de feria que nos habla?

—Señores... Señores... ¡Señores! —intervino el representante norteamericano, levantándose y haciendo gestos con los brazos cuando todos comenzaron a hablar a la vez—. Vamos a ofender a nuestros visitantes... Permítanme que les haga yo esa pregunta que nos hemos estado haciendo todos... ¿Cómo es que saben tanto de nosotros y porqué nosotros no hemos sabido nada de ustedes hasta que su... representante nos informó?

—Llevamos más de cien años monitorizándoles —la sala se llenó de murmullos—. Tenemos tres satélites indetectables orbitando su planeta que nos han retransmitido todos sus programas de radio, televisión y telecomunicaciones civiles y militares desde que entraron en la era tecnológica.

—Y... ¿Pueden probarlo? —volvió a insistir el representante de Reino Unido.

—Los haremos visibles durante un minuto a partir de este momento.

—Recibido... —dijo el representante norteamericano llevándose la mano a un oído. El resto de representantes de las naciones desarrolladas hablaban animadamente a través de sus micrófonos mientras los de las naciones pobres miraban hacia todos los lados, desconcertados—. Parece que está confirmado. Han sido avistadas tres naves gigantescas en formación de triángulo sobre el plano ecuatorial, rodeando el planeta... Y ahora han desaparecido... Señores, nosotros estamos convencidos... Hablen, por favor... —el resto de representantes asintieron y se acomodaron en sus sillones.

—Como ya les informó anteriormente nuestro representante, tenemos prevista la llegada a La Tierra dentro de... dos de sus años más cuatro meses que hemos acumulado de retraso debido a estas comunicaciones. Nuestra misión es la de integrar su civilización en la Federación de Mundos, ya que han alcanzado el grado de desarrollo tecnológico mínimo para que sean aceptados. Solo les falta un requisito: abandonar su actual sistema económico basado en el capitalismo...

—¡Nosotros no somos capitalistas! —dijo el representante de Cuba.

—¡Ni nosotros! —dijo el representante de China, a lo que siguió una pedorreta y un ¡Buuu!... generalizado entre el resto de representantes.

—Continuamos... Deben abandonar el capitalismo porque, a la larga, es el más nefasto de los sistemas. Está basado en el consumo incontrolado y la dilapidación de recursos. Es injusto e insolidario, y todos los ejemplos de civilizaciones capitalistas del espacio conocido han acabado mal. Deben abrazar el igualitarismo antes de ser admitidos en...

—¡Nosotros somos igualitaristas! —dijo el representante cubano — ¡En Cuba todos somos iguales!

—¡Liberté, EGALITE, fraternité...! —dijo el representante francés, en posición de firmes y con la mano en el pecho.

—Permítannos continuar... En un régimen igualitarista no existen líderes tal y como ustedes los conocen. Los representantes sociales tienen los mismos privilegios, derechos, obligaciones y nivel de vida que los ciudadanos comunes...

—¡Nosotros NO somos igualitaristas! —cortó el representante cubano levantándose de un salto.

—¡Señores...! ¡Dejemos hablar a los extraterrestres sin interrupciones! ¿Qué van a pensar de nosotros? —intervino el representante ruso.

—Gracias... El igualitarismo exige el abandono de su sistema monetario. Ningún ciudadano estará obligado a trabajar para vivir. Lo hará solo si lo desea y no recibirá ninguna compensación económica por ello, excepto el reconocimiento de la sociedad por su aportación.

—¿Entonces...? ¿Cómo alimentaremos a la población? Si nadie trabaja... ¿Quién cultivará los campos? ¿Quién trabajará en las fábricas y quién construirá nuestras viviendas? —preguntó el representante sudafricano. Los murmullos y asentimientos generalizados confirmaron que expresaba las inquietudes de todos los presentes. —Todos los ciudadanos de los mundos de la Federación tienen asegurado el alimento, la vivienda, la vestimenta y la climatización —contestaron los extraterrestres—. Les proveeremos de tecnología avanzada para su fabricación. Un grupo de representantes se levantó de sus asientos y se puso a deliberar acaloradamente en un corro. Al poco, cuando los murmullos fueron decayendo, uno de ellos se separó del grupo y se enfrentó al señor Ballesteros.

—¡Los representantes de los países árabes exigimos saber si en esa comida que nos van a dar hay cerdo!

—(...)

—¡Exigimos saberlo! —repitió el representante árabe ante el silencio.

—(...)

—No contestan —dijo el señor Ballesteros—. Ahora hablo yo... No los extraterrestres. Creo que se ha cortado la comunicación.

—¡Exigimos saberlo! —repitió el representante árabe golpeando el suelo con un pie.

—No... No se ha cortado —dijo el señor Ballesteros con la entonación metálica de la voz de los extraterrestres—. Estábamos examinando nuestros datos para intentar saber cuál es el motivo de que comunicarnos con ustedes sea tan difícil... **No** les proporcionaremos comida... **No** les proporcionaremos viviendas, ni vestidos, ni nada... Les enseñaremos como se fabrican sin necesidad de factorías, granjas o cultivos. Lo harán todo ustedes mismos con la tecnología y máquinas cuyo diseño les será entregado tan pronto como cumplan los requisitos para ingresar en La Federación.

—Eso suena muy bien —dijo el representante americano—, pero... ¿Y la transición? ¿Cómo mantendremos la producción mientras nos adaptamos a su sistema igualitario? Si el sistema capitalista se derrumba habrá hambrunas, y guerras...

—Eso es razonable —contestaron los extraterrestres—. Les haremos un regalo de confianza. Estamos programando la malla del señor Ballesteros para que dibuje los planos de un dispositivo que les proporcionará energía casi ilimitada. Es un receptor de enlace cuántico conectado a las fuentes de alimentación de los satélites que hemos puesto en la órbita de su planeta. Cada una de sus naciones recibirá una copia del plano. Esa energía gratuita les permitirá afrontar las reformas sin perder su calidad de vida. Ahora interrumpiremos la comunicación y no volveremos a conectarnos hasta dentro de seis de sus meses. De esa forma intentaremos recuperar el tiempo perdido en las deceleraciones.

.....

—¿Nos oye, señor Ballesteros?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Les oigo! ¡Por fin! ¡Creí que ya no volverían a llamar!

—Perdone estos meses de retraso...

—¡La malla vuelve a funcionar!

—Sí... Los satélites se habían quedado sin energía y hemos tenido que enviarlos al Sol, para recargarlos. Por eso hemos tardado tanto. ¿Cómo se las han arreglado para gastar diez millones de terawatios?

—¿Han vuelto a dar energía a los generadores?

—No... Solo a su malla.

—Ufff... ¡Menos mal! ¡No se les ocurra volver a conectarlos!

—¿Qué ha sucedido?

—¿No han recibido las noticias?

—No, mientras viajamos no podemos estar conectados.

—Es largo de contar... Quieren hablar con ustedes. Han nombrado portavoz al presidente de Estados Unidos porque son los únicos que aún conservan el gobierno intacto... Estoy en un bunker con él... Han ido a buscarle.

—Pero... ¿Qué ha pasado?

—De todo. Hay doce naciones en guerra y la mayoría ha cerrado sus fronteras, y no quieren ni oír hablar de ustedes. Hay una hambruna tremenda en Africa y Rusia, porque cuando los terroristas hicieron hervir los lagos con sus generadores todo se cubrió de una capa de nubes que...

—¿Qué hicieron qué?

—Hirvieron el lago Baikal y el Victoria. Metieron generadores en recipientes con mercurio y los lanzaron...

—¿Metieron generadores en mercurio?

—Sí. Los lagos hirvieron hasta que se evaporaron del todo. El clima está loco desde entonces y... Ya está aquí el presidente...

—¡En menudo lio nos han metido ustedes!

—¿Nosotros?

—¡Sí! ¡Ustedes!

—Pero... ¿Qué ha pasado?

—Llevábamos años preparándonos para una posible caída del sistema, y no lo estábamos ni de lejos. Intentamos mantener su existencia en secreto, pero, mientras los gobiernos de las naciones nos coordinábamos para cambiar la estructura económica, la mayoría de quienes tuvieron acceso a la información intentaron deshacerse de su dinero comprando propiedades y bienes duraderos. El pánico se desató y la inflación a nivel mundial alcanzó cotas inimaginables. El mercado mundial cayó en un solo mes, así que las naciones se aislaron y la mayoría declaró nulas las compras de propiedades hechas por extranjeros. Ello desembocó en guerras, y, después, en hambrunas y en movimientos incontrolados de población.

—Les proporcionamos energía ilimitada. ¿Por qué no la han usado para cubrir las necesidades de la población?

—Hace falta estabilidad política para eso, señores... Sus generadores han sido utilizados más como armas que para sustituir a nuestras fuentes de energía. Los terroristas descubrieron que cortocircuitándolos con mercurio creaban un generador de plasma retroalimentado que alcanzaba la temperatura de la superficie del sol, y los emplearon contra sus gobiernos.

—¡Los cortocircuitaron con mercurio! ¡Eso no se le ha ocurrido a nadie hasta ahora en todo el espacio conocido desde que fueron diseñados, hace más de mil de sus años!

—Pues aquí se le ocurrió a dos grupos casi simultáneamente, y sin ningún contacto entre sí. Por suerte, los generadores dejaron de funcionar, porque en Filipinas ya habían hundido uno en el mar.

—Tienen que acabar con todo eso inmediatamente. Su nación tiene el ejército más poderoso de su mundo, así que deben imponerse y recuperar el orden antes de nuestra llegada.

—¡No, we can not! ¡No se puede imponer el orden a la fuerza! ¡Los grupos de resistencia surgirían de todas partes!

—Entonces... ¿Qué podemos hacer?

—¿No pueden simplemente darse la vuelta y volver dentro de unos quinientos años, o así? Para entonces, suponemos, ya se habrá calmado todo.

—Eso es imposible. La federación no permitiría que un planeta con su desarrollo tecnológico existiese dentro de sus límites sin estar integrada en el sistema.

—¿Eso es una amenaza? ¿Qué harían si nos negáramos a integrarnos en su federación?

—Nada cruel, por supuesto. Simplemente inhibiríamos su progreso. Impidiendo sus viajes espaciales, por ejemplo.

—Nos confinarían en nuestro propio planeta.

—No, no sería algo tan drástico. Podríamos vigilancia alrededor de su sistema solar, e interceptaríamos cualquier nave o forma de energía que quisiera salir de él. Pero esa no es nuestra misión. Estamos aquí para acelerar su progreso, no para ralentizarlo. ¿Qué podríamos hacer para ayudarles a recuperar el orden?

—Nuestro principal problema es la falta de alimentos. Las nubes producidas por la evaporación de los lagos cubren más del sesenta por ciento de las tierras cultivables, así que cada vez nos es más difícil alimentar a la población.

—Bien. Teníamos reservado este regalo para el momento de nuestra llegada, pero se lo adelantaremos. Es un transformador de materia portátil con un funcionamiento muy simple. Solo tienen que colocar una muestra del alimento que deseen fabricar sobre una bandeja, introducir cualquier tipo de materia orgánica en el colector y la máquina descompondrá sus componentes y los utilizará para duplicar la muestra. Y almacenará la información de su estructura y composición para próximas transformaciones. Como los generadores, utiliza energía teletransportada desde nuestros satélites, así que puede funcionar en cualquier parte, sin conexiones ni instalaciones de ningún tipo.

—¡Eso sí que será un verdadero avance! Podemos ofrecer las máquinas a los gobiernos para que distribuyan los alimentos entre la población y recuperen el control. Quizá así podamos estar preparados para cuando ustedes lleguen.

—No, no es ese nuestro deseo. No queremos que los gobiernos controlen la distribución de los alimentos. Eso sería una forma de mantener las estructuras de poder que queremos eliminar. La máquina duplicadora es muy fácil de fabricar y se construye con elementos comunes. Nuestra intención es que todos los ciudadanos sean independientes y no necesiten su anticuado sistema económico para cubrir sus necesidades. Haremos descender copias de los planos de la máquina desde nuestros satélites sobre toda la superficie de su planeta, para que pueda ser fabricada en todas las naciones de La Tierra a la vez.

—¡Si hacen eso perderemos el control aún más!

—Quizá sea eso lo que necesitan para alcanzar la igualdad. Sus anticuadas estructuras de poder se basan en el control del acceso a los recursos. Eliminando esa intermediación alcanzarán la igualdad.

—¡Pero nuestra sociedad tiene más necesidades que la alimentación! Por ejemplo, la sanidad. ¿Quién mantendrá los hospitales? ¿Y la red de transportes?

—Iremos solucionando todas esas necesidades a su tiempo. Por ahora nos centraremos en la principal.

.....

—Señor Ballesteros...

—¡Ah! ¡Son ustedes! ¡Ya era hora!

—Acordamos comunicarnos en un periodo de seis meses. Hoy cumplía ese plazo.

—¡Me han parecido seis años!

—Infórmenos.

—¡Es el caos! ¡Han intentado matarme de todas las formas posibles! ¡Estoy otra vez escondido en un bunker!

—¿Quién ha intentado matarle? ¿Los terroristas?

—No, no, los gobiernos... Bueno... Lo que queda de ellos.  
—¿Podemos hablar con el presidente norteamericano?  
—¿El presidente? Nadie sabe dónde está. Lo último que supe de Norteamérica es que estaba siendo gobernada por un Comité de Salvación.  
—¿Qué ha pasado? ¿Fabricaron la máquina duplicadora?  
—Sí... Sí... y ese fue el problema. Los rusos descubrieron casi al instante que se podía usar también para duplicar vodka y la situación allí se descontroló rápidamente. Los americanos intentaron prohibir que los ciudadanos fabricaran cannabis y cocaína, pero fue inútil. En Africa hay una epidemia de obesidad y los chinos las están usando para fabricar artículos de piel y pantalones de algodón.  
—Pero... Todo el mundo puede alimentarse, ¿No?  
—No sé durante cuánto tiempo. Están acabando con la biomasa fabricando gasolina, almacenándola para el futuro. ¡Ah!, y Oriente Medio ya no existe. Los terroristas emplearon las máquinas para fabricar armas químicas... Esperen... Van a llamar al presidente español, aunque en estos momentos no se sabe si lo es o no... Quiere hablar con ustedes...

.....

—¡Ya no me funciona la malla!  
—Ya... Ya... ¿Pero está al habla con ellos o no?  
—¡No me contestan! Me hablaron hace un rato y no han vuelto a contestar.  
—¿Y qué le dijeron?  
—Se cortaron en medio de una frase, solo entendí: “Que les den...”

**José Manuel González** es uno de los escritores más laureados en el prestigioso premio Alberto Magno de la Universidad del País Vasco (UPV/EHU), que ha ganado en varias convocatorias en sus diversas modalidades, y ha sido finalista en otras tres. También ha quedado finalista en tres ediciones del certamen TerBi de Relato Temático.

Residente en Sopelana (Bizkaia), tiene formación técnica (electrónica y telecomunicaciones) y trabaja en la actualidad para el departamento de mantenimiento de una conocida multinacional, en su división de nanotecnología

Además de su pasión por la escritura, es un aficionado a los deportes de riesgo, llegando en varias ocasiones a formar parte del equipo nacional de pilotos de ala delta en competiciones internacionales, y practica vela de crucero.

También ha sido colaborador en varias revistas deportivas y generalistas de tirada nacional

## **El fin del capitalismo. El comienzo del fin**

*Guillermo Jiménez Canton*

Apollo retorció los dedos con nerviosismo, esperando en la butaca de aquella sala.

Llamaron a la puerta, y por fin entraron aquellos a los que estaba esperando. La mujer que dirigía el grupo de cuatro personas vestía con un elegante blazer azul sobre una camisa blanca y una falda del mismo tono que la chaqueta, nada más verla supo que ella iba a ser la entrevistadora. Los tres hombres, cargados con grandes y pesados estuches de material, serían los técnicos y el cámara, todos informales. Se sorprendió de lo jóvenes que eran todos.

—¿Usted es el señor Strike, verdad? —preguntó la mujer con una sonrisa, tendiéndole la mano para que se la estrechara. Apollo fue gratamente sorprendido por el firme apretón que recibió—. Athena Widget, del canal de informativos de SeiMedia.

Mucho gusto en conocerle.

Los técnicos abrieron los maletines y desplegaron un foco, una pantalla de croma verde, unas cámaras más pequeña de lo que Apollo había esperado, un par de tabletas digitales, y un buen equipo de sonido. Uno de los hombres les puso a ambos sendos micrófonos colgados de la ropa.

—Métase el micrófono debajo del pañuelo y diga algo.

Apollo colgó el micrófono del cuello de su camiseta, el cual estaba tapado; al igual que su rostro hasta la nariz, por un pañuelo negro y blanco. Una gorra negra convertía su color de pelo en una incógnita. Tras las pruebas de sonido, encendieron los focos y la entrevistadora y el entrevistado se sentaron.

—Entendemos que su identidad debe quedar oculta, señor Strike. ¿Comprendo que ese no es su verdadero nombre?

—Eso es. ¿Mi voz saldrá alterada?

La mujer echó una diligente mirada al técnico de sonido, que les hizo escuchar la grabación del micrófono, alterada por un filtro que la hacía irreconocible.

Apollo asintió satisfecho.

—Podemos empezar la entrevista.

El cámara ajustó el trípode de las cámaras, y cuando todos hubieron dado el visto bueno, empezaron a grabar.

—Buenos días. Soy Athena Widget, y esta es la primera entrevista en exclusiva de un ciudadano de la anterior utopía conocida como Courrom, una pequeña nación totalmente informatizada, que pasó de ser la metrópolis más estable a nivel económico y con el menor índice de criminalidad, a convertirse en una dictadura totalitarista gobernada por drones. La pequeña nación de Courrom es conocida por su hermetismo, y poca información nos llega desde allí. Cuéntenos, señor Strike, ¿a qué se dedicaba usted antes de la caída del país?

—Era ingeniero de sistemas informáticos y robótica. Como la mayoría.

—Courrom es conocida por su enorme flota de drones de todo tipo, especialmente de combate y vigilancia. Es el país con la tecnología más desarrollada a nivel de robótica e informática, y hace treinta años, se desligó de las Naciones unidas para empezar lo que ellos llamaban “una utopía no capitalista”. ¿Puedes contarnos un poco esos primeros días?

—En ese entonces tenía yo doce años, y vivía con mis padres en la capital.

Mediante un golpe de estado, el ministro de defensa Terrens subió al poder, y rechazó el capitalismo como sistema económico. Yo no sé mucho de economía, pero creo que el entonces Presidente Terrens abrazó un pseudo-comunismo futurista, que contra todo pronóstico, funcionó. Los primeros días fueron muy duros, pues todo el mundo fue obligado a trabajar en la

construcción, la agricultura, y las fábricas de drones, si querían recibir una cartilla de alimentos, que era lo único que valía en ese momento. Fueron construidos grandes rascacielos llenos de pisos para todos, y se automatizó la agricultura y la industria. En dos años, el Presidente Terrens consiguió que las personas no tuviéramos que trabajar, y organizó a todo el mundo en esos lujosos pisos.

—¿Cómo fue el paso del capitalismo a ese comunismo Terrensiano? —preguntó la entrevistadora.

—Súbito. De repente, las posesiones no valían nada. Todos tenían que trabajar, o eran ejecutados. El gobierno de Terrens proveía a todo el mundo de todo aquello que necesitaban, por lo que nadie pasaba hambre. Las familias más ricas del país huyeron rápidamente, pero todas sus posesiones fueron confiscadas, y así el gobierno pudo comerciar con otros países durante los primeros años, antes de que se estableciera la autarquía. Pero el fin del capitalismo, fue para la nación como el comienzo del fin.

—¿Qué impulsó la caída del sistema?

—Las putas.

Se hizo el silencio en aquella habitación durante un instante. La entrevistadora frunció levemente el ceño.

—¿Las putas?

—Las putas. Las putas, los yonquis, los ladrones, todas aquellas personas que no eran capaces de ganarse la vida honradamente. Durante los dos primeros años consiguieron mantener un mercado negro, pero con las fronteras cerradas y la caída del valor de las cosas, era cuestión de tiempo que todo se fuera a la mierda. La droga que había en el país se acabaría tarde o temprano, y de todas formas nadie tenía con qué pagarla. Los narcotraficantes internacionales abandonaron el país, porque de repente todo el mundo era pobre. Pero entonces, ocurrió algo que nadie se esperaba. Terrens y su equipo legalizaron todas las drogas existentes.

Volvió a hacerse el silencio en la habitación, mientras los jóvenes asimilaban lo que acababan de oír.

—Eso no es todo. Un grupo de laboratorios farmacéuticos gubernamentales empezaron a sintetizar drogas de todo tipo, que eran distribuidas en centros especiales de forma gratuita. Todos los adictos, tras dos años de sufrimiento por la escasez, veían por fin la luz al final del túnel. Y al final la vieron... literalmente. Un par de meses después de la legalización, y cuando todos los adictos se fiaban del gobierno, introdujo en las drogas un veneno de acción lenta. Unas semanas después, todos los que visitaban los centros de drogas habían muerto, sus posesiones habían sido confiscadas, y el gobierno había eliminado de un plumazo la criminalidad y a todas las garrapatas del

Estado en un único golpe maestro.

El cámara y los técnicos tenían la boca abierta de asombro, pero Athena mantenía la compostura frente a la cámara.

—Por supuesto, esto es información confidencial. Pero vosotros quizás hayáis oído hablar de esta carnicería como La pandemia T6.

La mujer se tapó la boca por la revelación, una vez que la cifra de muertos llegó a su cabeza.

—No solo se llevaron por delante a los adictos... Mucha gente había empezado a consumir debido a la facilidad de conseguir drogas, y hasta se veía bien que la gente las tomara. Además, aprovecharon lo de la pandemia para acabar con la poca oposición que se estaba formando. Empezó entonces una nueva era.

Apollo se bajó ligeramente la bufanda para beber un poco de agua de una botella de plástico arrugada.

—¿Qué pasó entonces?

—Paz y estabilidad. Durante largos años. Con los drones patrullando las calles, la criminalidad se redujo prácticamente a cero. La gente agradecía el buen estilo de vida que

llevaron cuando la cosa se estabilizó, volvieron a trabajar, tenían una buena casa, y no les faltaba comida ni nada necesario para vivir. Todos llevaban el mismo estilo de vida, y la gente era relativamente feliz. El gobierno impulsaba el trabajo añadiendo un paquete extra de productos al paquete básico que todos los ciudadanos tenían. La sanidad era gratuita, como el transporte. Nadie tenía dinero, por lo que había dos grados: Los básicos, y los trabajadores. Había algunos productos que solo estaban disponibles para trabajadores. Por ejemplo, ibas a una cafetería, y pedías un café, pasabas tu tarjeta y te lo daban al instante. Y no había dinero de por medio. Podías pedir tantos cafés como quisieras.

—¿Cómo funcionaba eso? —preguntó Athena, realmente intrigada—. ¿La gente no se aprovechaba?

—Algunos lo intentaron —explicó Apollo con una sonrisa escondida bajo la bufanda—, pero el gobierno lo tenía bien controlado. Si alguien se salía de lo normal consumiendo productos, lo primero, se pasaba un mes solo con el paquete básico. Lo cual, es una vida muy austera en comparación con el resto. Y lo segundo, podías perder todos los privilegios y ser deportado del país, si era muy grave. Solo pasó un par de veces, pero era un recordatorio importante. Courrom se había convertido en una utopía, y nadie quería que lo expulsaran de ella. El dinero era algo que solo poseía el gobierno, y lo conseguía vendiendo drones a países en conflictos armados. Supongo que lo utilizaba para importar todo aquello que no podía conseguir de forma autónoma. Los drones de Courrom se volvieron muy famosos en el mundo militar. Todos los modelos CRM son un producto nacional, y la mitad de los drones bélicos del mundo tienen ese logo grabado.

—¿Cómo fue crecer en una utopía?

—La vida académica era bastante relajada. Había clases obligatorias, útiles para aprender a sobrevivir en la ciudad, como cocina, ética, informática básica... También había clases introductorias a artes más clásicas, o a ciencias más puras, para aquellos a los que les interesara ese mundo. El gobierno necesitaba profesionales, por lo que añadió un gran incentivo, un nuevo grado de vida: Experto. Así, el gobierno mató dos pájaros de un tiro.

—¿Dos?

Apollo asintió.

—Puedes hacer que toda la población de un país sea igual. Que tengan todos lo mismo, no les falte de nada, y aun así, no serán totalmente felices. ¿Sabes por qué? Porque los seres humanos somos seres competitivos. Necesitamos quedar por encima de otros. La gente sentía esa necesidad, y la satisfacía de formas dañinas, tanto como para el gobierno como para ellos mismos. La gente apostaba sus escasos bienes, por ejemplo. Pero la única forma de ascender en la escala social, era consiguiendo una titulación de Experto. La rivalidad fue puramente académica durante un tiempo, pero no era suficiente. Los tontos también querían sentirse superiores. Si lo piensas, eran los que más lo necesitaban. Courrom fue una olla a presión durante muchos años, en los cuales me gradué en ingeniería informática y empecé a trabajar en la IA de los drones. Los estratos sociales se diferenciaron aún más, y las diferencias entre sus miembros se volvieron más marcadas. Había gente importante, y gente que quería serlo, pero aun así, los problemas no podían resolverse por completo. Había tensión entre clases. Uno de los mayores problemas fue la insatisfacción sexual masculina en las clases bajas, por increíble que suene.

—¿Cómo era eso posible?

—Fuera de Courrom, cualquier persona, por fea, desagradable y tonta que sea, puede pagar a una prostituta para que se acueste con él. Dentro, las que fueron prostitutas tenían un nivel de vida tan alto, que no necesitaban trabajar. No había con qué pagar, de todas formas, y los Expertos se llevaban a todas las mujeres. La violación tampoco era una opción, pues la seguridad en las calles estaba asegurada por los drones. Para poder acceder a la pornografía, debías tener trabajo, como mínimo, y todos los trabajos dignos estaban cogidos. La poca escoria social que quedaba después de la pandemia necesitaba sexo, y no podían conseguirlo.

El gobierno pensó que era un problema, por lo que fueron diseñados unos drones especializados en satisfacer los deseos masculinos, y consiguieron evitar el desastre unos años más. Al menos, hasta que murió el presidente Terrens, cuando yo tenía unos treinta y dos años.

—La muerte del dictador fue uno de los pocos sucesos que llegaron a oídos internacionales, y es conocida como la caída de su imperio comunista. ¿Qué sucedió realmente?

Apollo se encogió de hombros.

—Pocos lo saben. La mayoría apunta a que fue un asesinato, pero no hay datos fiables. En sus últimos momentos, Terrens dejó el país a cargo de su sucesor, el ministro interior Bowden. Pero Bowden lo traicionó nada más llegar al poder, con el deseo de instaurar otra vez el capitalismo. El dirigente de CRM, gran amigo de Terrens, se enfrentó a él, y el país se dividió en una guerra civil por el destino económico. No habían pasado quince años desde el rechazo del capitalismo, por lo que muchos todavía lo recordaban. Todos los miembros del gobierno, aterrados por las ejecuciones de los corruptos dirigidas por Terrens, y las clases bajas, fueron los aliados mayoritarios del capitalismo. Fue, en resumen, el enfrentamiento entre los ideales de la codicia y de la estabilidad. Los ingenieros como yo éramos muy codiciados en ambos bandos.

—La guerra civil fue cubierta por los medios de comunicación internacionales. Las grandes potencias de ambos modelos económicos apoyaron a los bandos, ¿no?

—Sí, y muchas facciones internas en el país también tomaron partido, a base de alianzas que se verían deshechas. La energía del país, producida a base de centrales nucleares, fue el más importante objetivo de ambas facciones, pues sin energía, los drones no eran más que chatarra inútil. Las fábricas de drones y las de energía nuclear fueron conquistadas una y otra vez. Y tras el incidente nuclear de Atra, todas las centrales fueron desalojadas y desmontadas. La energía solar se convirtió en el primer motor energético del país.

—¿El incidente nuclear de Atra?

—Una central nuclear sabotada, que provocó un colapso energético en la facción comunista, y que obligó a las partes a retirar sus ataques a los centros nucleares. La hecatombe nuclear fue supervisada por la ONU, y obligaron a desmontar todas las centrales nucleares. La cosa fue a peor tras esa tregua. Los sabotajes a las centrales de energía eran cada vez más graves. Una facción de guerrilleros anarquistas hizo explotar varias centrales eólicas y de energía solar, y los drones empezaron a apagarse poco a poco.

Apollo se perdió en sus propios recuerdos durante unos instantes. Se recobró antes de que la entrevistadora le interrumpiera.

—Pasamos tres años en una época oscura. La energía se convirtió en el bien más preciado, y volvimos a una era más primitiva, en la que la tecnología que podíamos permitirnos se reservaba para las fábricas de armas. La guerra civil duró mucho tiempo, y sumió a la gente en una depresión.

—¿Qué hizo usted entonces?

La voz de Apollo sonó muy triste. Una sombra se instaló en su rostro y su tono puso los pelos de punta a los presentes.

—Olvidar todo lo que había aprendido... Aprender a matar.

Se hizo el silencio. Los hombros del hombre se hundieron y su cabeza gacha dejó escapar una orden quebrada.

—Apaga la cámara.

El hombre se levantó y salió de la habitación a paso raudo. Athena se levantó sin saber qué hacer. El cámara se encogió de hombros y puso en pausa la grabación. La mujer se decidió a seguir al señor Strike.

En el pasillo de aquel motel dejado de la mano de dios solo existía una tenue penumbra, agujereada como un queso gruyere por las luces que aún funcionaban. Siguió el pasillo hasta el fondo y torció en la única dirección posible. Allí, encontró al señor Strike acucillado frente a

una máquina de tabaco. El hombre echó el brazo hacia atrás, y golpeó una especie de cincel incrustado en el lateral de la máquina con una pieza dura de metal. Repitió el golpe, y la máquina se abrió. Sacó dos paquetes de cigarrillos de la máquina, e intentó cerrar la puerta. Quedó entreabierta, con el cerrojo estropeado.

Ignorándola, el señor Strike salió por la escalera de incendios. Athena lo siguió, temiendo que fuera a irse de allí sin terminar la entrevista, pero al salir, vio al señor Strike apoyado en la barandilla mientras prendía una cerilla.

El chispazo iluminó la noche, y permitió ver el rostro del hombre durante unos instantes. Quemaduras y cicatrices, aquello era lo que escondía bajo la bufanda y la gorra. El señor Strike encendió el cigarrillo que tenía en la boca y se lo fumó tranquilamente, visto desde fuera.

Porque dentro del señor Strike, los recuerdos se agolpaban de forma tan agresiva, que solo la quietud absoluta y el sabor del cigarrillo conseguían contener dentro de su cabeza. Pero no era suficiente. Aquella descarga de sensaciones conseguía escapar de esa cúpula que había construido desde hacía mucho tiempo para proteger su cordura.

—¿Está bien, señor Strike?

Apollo se giró. Estaba temblando, y el cigarrillo no se le había escurrido de entre los dedos por pura suerte. La miró, se miró las manos, que empezaban a temblar de forma descontrolada. Se agarró a la barandilla de forma desesperada, con la vista nublada, un molesto zumbido taponando sus oídos. Su voz se convirtió en una acelerada letanía mientras sacudía la cabeza violentamente.

—¡Estoy a salvo, estoy fuera! ¡Estoy a salvo, estoy fuera! ¡Estoy a salvo... — cogió el cigarrillo doblado y empezó a quemarse el dorso de la mano, haciendo que la mujer contuviera un grito—, estoy fuera!

—Hay algunas cosas que uno simplemente no puede olvidar... por mucho que lo intente.

Apollo fumaba un segundo cigarrillo de forma más relajada tras aquella crisis. Athena dio una lenta calada al suyo mientras asentía.

—Uno llega a sorprenderse de lo efectivas que son cosas tan cotidianas como un destornillador para matar a alguien. La gente dice que los hombres mandados a la guerra no vuelven... vuelven cascarones vacíos que se parecen a lo que una vez fueron.

—Una vez me dijeron que cuanto más tecnología tenga un hombre antes de perderla, más primitivo se vuelve cuando no tiene nada. ¿Es cierto?

El silencio fue la única respuesta. Durante un instante, los dos contemplaron la nada que encerraba la noche tras aquel motel de mala muerte, alrededor del cual solo había tierra yerma y una carretera que llegaba a ambos horizontes.

—No sé si podré terminar la entrevista.

—No te culpo —Athena terminó el cigarrillo rápidamente—. Te daré un tiempo para que pongas en orden tu cabeza. Te estaremos esperando.

Tiró el cigarrillo y lo apagó con un suave pisotón. El hombre se quedó allí, mirando a la nada e intentando no volver a sucumbir a sus recuerdos.

Cuando Apollo se sentó frente a la entrevistadora, bajo aquellas miradas que sentía acusadoras, intentó mantener la cabeza fría. Ninguno presentaba peligro alguno para él... Durante un instante de paranoia, pensar en que podría matarlos a todos con sus propias manos le tranquilizó, y le convenció de lo que él mismo había dicho.

Ya no era más que un cascarón vacío. Una sombra de lo que una vez fue. Volvió a taparse la cara, pues aunque era un cascarón vacío, no quería morir. Por poco que valiera su vida, era prácticamente lo único que tenía.

Inspiró profundamente, y sintió la mano de la entrevistadora en su rodilla, dándole ánimos. Suspiró y metió los pies en el cenagal de sus recuerdos, intentando evitar las zonas más profundas.

—La guerra por las centrales eólicas y solares restantes fue cruda y el uso de drones brilló por su ausencia. Los drones bélicos tienen un consumo de energía demasiado grande, y la recarga de sus baterías es muy cara y requiere materiales especiales. Eso no quiere decir que no los hubiera, cada bando puede permitirse unos pocos de vez en cuando, pero lo importante son las vidas humanas que pierde cada bando. Aun así, un dron podía valer a nivel estratégico mucho más que un pelotón entero, sobre todo los modelos que no gastaban munición.

Apollo apretó los puños.

—Pero daba igual. Un grupo de rebeldes siempre se las arreglaba para sabotear las centrales y hacerlas inútiles, impidiéndonos volver a lo que una vez fue el país. Muchos bandos preferían destruir la central a perderla, a veces. Los años pasaban y la luz al final del túnel no empezaba a verse nunca. Salir del país además era imposible, sus drones eran automáticos y ningún bando podía reclamarlos, pues sus comandos no podían modificarse.

—¿Cómo acabó esa guerra?

Una sonrisa triste quedó escondida bajo la bufanda.

—Todavía no ha acabado. Courrom, o lo que antes era Courrom, sigue descendiendo en una espiral de destrucción mientras hablamos.

—Entonces... ¿Cómo es que está usted aquí, señor Strike? Ha dicho que las fronteras están cerradas...

—¿Sabe lo que es una batería nuclear? No le aburriré con detalles técnicos, pero una de ellas, la cual es más pequeña que mi dedo, puede alimentar un dispositivo de bajo consumo durante unos quince o veinte años. Al principio se usaron en marcapasos, o en naves espaciales, y demás. En drones, estas baterías podían aguantar un año, medio año si era un dron muy activo. Era el bien más codiciado de todos. El pelotón al que yo pertenecía se encargaba de intentar recuperar esas baterías, para poder alimentar los drones de batalla de nuestra facción.

Apollo tragó saliva.

—Mi batallón se coló en un cementerio de drones, una fábrica destartalada que ya no funcionaba, en la que se solían ensamblar los drones de batalla. Habíamos conseguido un plano de la fábrica que mostraba niveles subterráneos de los que no teníamos constancia. Fue...

Los nudillos del señor Strike estaban totalmente blancos, de tanto apretar los puños. Athena había visto las marcas de las uñas en la palma de la mano antes, y estaba segura de que alguna vez los había apretado tanto que habían empezado a sangrar.

Apollo inspiró lentamente para recobrar la compostura. Su voz no se quebró.

—Los sistemas de defensa de los niveles inferiores seguían totalmente activos. Éramos doce. Sobrevivimos dos. Conseguimos encontrar un pequeño depósito de baterías nucleares de repuesto para todos aquellos drones defensivos que llevaban diez años funcionando solos. Era una misión cumplida. Salimos de la fábrica, y encontramos un dron de vuelo que arreglé para volver a la base de forma más segura. Entonces... Pensé que con él podríamos salir del país. Se lo dije a mi compañero, uno de mis amigos, el único ser humano vivo en el que confiaba... Y se negó. Dijo que eso sería traición para con la causa. Le dije que era una broma, y cuando se dio la vuelta...

El hombre se mordió el labio por los remordimientos.

—Lo maté con el destornillador que estaba usando para arreglar el dron —intentó no parar de hablar, para alejar aquellos recuerdos—, y me subí a él, y volé fuera del país, todo lo lejos que pude. No soportaba más aquel infierno, quería alejarme de allí, vivir sin un constante estado de alerta letal. Quería dormir con la seguridad de que no iba a ser bombardeado en cualquier momento mientras dormía. Eso... sucedió hace un mes, más o menos.

—¿Por qué nos llamó para concertar esta entrevista, señor Strike?

—Porque quiero que la guerra acabe. Ya no me importa quién gane, si vuelve el capitalismo, si se mantiene el comunismo, si se instaura el anarquismo... No me importa. Pero el mundo exterior ha olvidado a esa gente, y es gente que necesita ser rescatada. Ese infierno tiene que acabar.

Athena asintió. Una pregunta se formó en su garganta, una pregunta que no podría contener durante mucho tiempo.

—Eso es todo —anunció Apollo—. Gracias por todo.

Terminaron la entrevista. Los técnicos empezaron a recoger todo, sin saber qué pensar del señor Strike. Apollo salió de la sala, y la entrevistadora le siguió.

Volvieron a la escalera de incendios. Apollo volvió a encender un cigarrillo, y

Athena aceptó otro. Las primeras caladas rompieron el hielo.

—Estoy intentando enmendar mis errores con esta entrevista. Quiero que los demás países intervengan y salven el infierno en que se ha convertido mi país.

La mujer asintió, conforme.

—No soy quién para juzgarte, señor Strike.

Con el humo exhalado, la pregunta de Athena no pudo ser contenida más tiempo.

—¿En qué bando estabas?

Apollo dio una larga calada. Expulsó lentamente el humo del cigarro, intentando demorar lo más posible la respuesta.

—No importa ya. No importa lo que fuera antes, ahora estoy fuera, y no me importan esas cosas. Solo me importa mi vida. Solo soy un cascarón vacío, que espera poder cumplir medio siglo en un par de años.

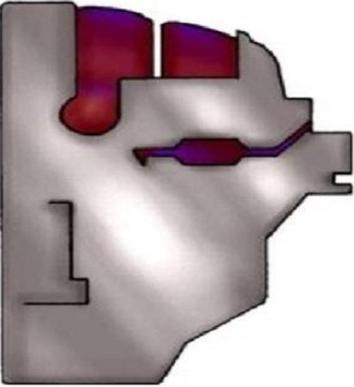
—No eres un cascarón vacío —negó la mujer, mirando impasible al horizonte—. Quieres salvar a los inocentes. Todavía queda algo de humanidad en ti.

Y en el horizonte, empezó a salir el sol.

—Quizás tengas razón.

## Algunos de nuestros colaboradores

**TERBI**

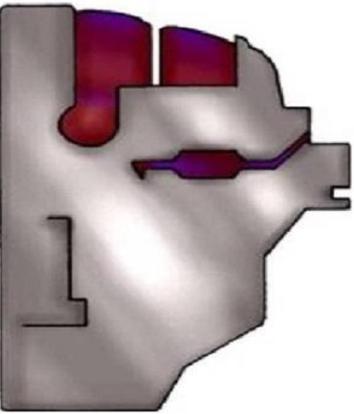


**JUAN JOSÉ AROZ**  
editor **espiral** ciencia ficción

Apdo. Correos 6064, 48012 BILBAO  
<http://aroz.izar.net> [aroz@izar.net](mailto:aroz@izar.net)

La difusión cultural sin ánimo de lucro tiene su principal apoyo en los pedidos de los lectores aficionados al género. Si quieres ayudarnos en la tarea de promocionar a nuestros escritores, suscríbete a la colección. La suscripción o petición de números por Ingreso/transferencia en Caja Madrid  
Nº cta. 2038.4213.20.3000310808

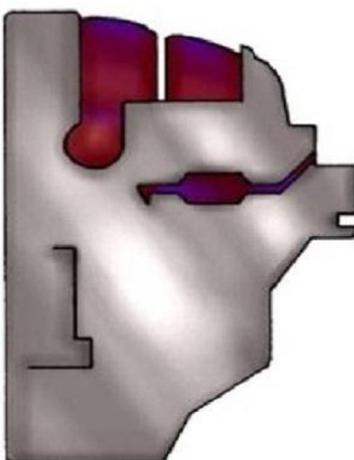
**TERBI**



**MARIANO VILLARREAL**  
Administrador del portal **Literatura Fantástica**  
<http://literfan.cyberdark.net>

Es administrador del portal web [Literatura Fantástica](http://literfan.cyberdark.net) y miembro de la AEFCFT, de la que fue administrador de los Premios Ignotus durante cinco años. Ha sido seleccionador de las antologías *Fabricante de sueños 2000* y *Visiones 2006*, ha colaborado en diversos medios especializados (*BEM*, *Solaris*, *Hélice*), desarrollado la línea de ficción del sello PortalEditions durante un año, además de ser jurado en varios premios como el Xatafi-Cyberdark de la crítica especializada en literatura fantástica, El Melocotón Mecánico, Los Sueños del Espantapájaros y el Astro de Ficción Científica.

**TERBI**



**ÁNGEL RODRÍGUEZ**

Su primera lectura de C-F es del 1970 con Yo. Robot. Desde entonces no ha parado de leer. Fundador del primer grupo escéptico *Alternativa Racional a la Pseudociencias*. Organizador y fundador del primer grupo de estudio de la obra de un autor de ciencia ficción español en España **Amigos de Ángel Torres Quesada**. Co-autor del fanzine **Mundo Olvidado**, que se entregaba junto al fanzine "El Fantasma". Colaborador de **Augusto Uribe** en el listado de bolsilibros de ciencia ficción así como la ordenación de las obras de Torres Quesada junto a Uribe y Cidoncha, también colaboró con varias críticas a libros en las hojas de Uribe. Miembro desde casi su fundación de la tertulia de Bilbao TERBI. Seleccionador de **Fabricantes de sueños 2006**. Colaborador de varios autores, revisando sus originales.



**Alt64** es una asociación afín a la TerBi, cuyo principal proyecto es la construcción de una enciclopedia on-line sobre ciencia ficción.

La enciclopedia, en formato wiki y bajo licencia GNU FDL, está abierta a la colaboración por parte de todo aficionado que lo solicite. Sus contenidos abarcan desde biografías de los autores y comentarios a sus obras (sean literatura, cine, televisión o cómic), hasta artículos acerca de la propia ciencia ficción y conceptos fundamentales dentro del género.

Actualmente cuenta con más de tres mil artículos y ha recibido cerca de diez millones de consultas en los últimos seis años.

Su dirección web: [www/alt64.org/wiki/](http://www.alt64.org/wiki/)

### JOSERRA VILA



El primer relato publicado de Txerra fue *Su seguro servidor* en la revista electrónica Axxon nº 162

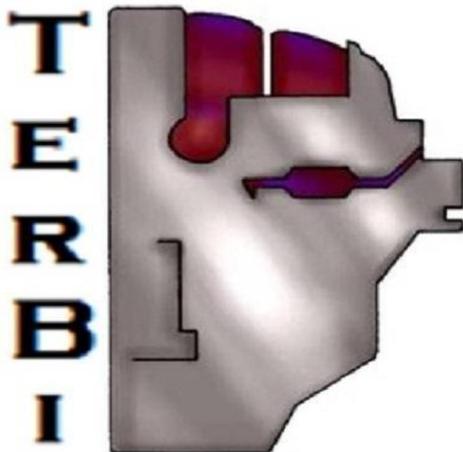
<http://axxon.com.ar/rev/162/c-162cuento5.htm>.

Más tarde ha publicado en papel *Generación espontánea*, en la antología GRAGEAS, Cuentos breves de todo el mundo (Ediciones Desde la Gente), *Ne frustra vixisse videar* seleccionado para Mundos desconocidos (**Libro Andrómeda**), *Tafiofobia* seleccionado para el **Visiones 2008** (AEFCyT).

Recientemente, ha ganado el **II premio Cryptshow Festival** en la modalidad Ciencia Ficción con el relato *Frías máquinas, almas de metal*.

Se pueden encontrar algunos de sus relatos en el blog: <http://txerra-desdeelrinconoscuro.blogspot.com/>

### RICARDO MANZANARO



Mantiene un blog sobre actualidad de literatura y cine de ciencia-ficción: <http://notcf.blogspot.com>

Colaborador de “**Literatura Prospectiva**” donde tiene una sección sobre próximos estrenos y otra sobre novedades literarias en EEUU:

(<http://www.literaturaprospectiva.com>), así como en BEMonline (<http://www.bemonline.com>)

Escritor de relatos de ciencia-ficción y terror de corte humorístico, tiene publicados numerosos en diversas webs. Se puede acceder a ellos en el siguiente enlace: <http://relatospublicados.blogspot.com>



---

## ACTIVIDADES E INICIATIVAS DE LA TERBI

---



---

**TerBi, Asociación Vasca**  
**de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror**  
<http://terbicf.blogspot.com>    [terbicf@gmail.com](mailto:terbicf@gmail.com)

---

La TerBi es una asociación cultural sin ánimo de lucro. Nuestro objetivo principal es la difusión del género fantástico en sus diferentes medios, principalmente el literario.

Los socios de la TerBi abonan una cantidad simbólica de 10 euros anuales por ingreso/transferencia en  
**BBK Nº cta. 2095.0350.40.91-1053337-8**

Si te gusta el género fantástico, eres bienvenido a tomarte un café con nosotros. Estaremos encantados de conocerte.

---



---

# ¿QUIERES SABER MAS...?

## NOS PUEDES ENCONTRAR EN:

<http://terbicf.blogspot.com/>

<http://notcf.blogspot.com/>

**En el Grupo **TerBi** de Facebook**

**Y puedes ver nuestras Jornadas en  
el Canal TerBICF de YouTube:**

<http://www.youtube.com/user/TerBiCCFF>